

EL GÉNIO DE NABARRA.



Euskal-Erriaren alde.

Con no ser muchos los hombres de letras que ha producido ésta noble tierra, tan pródiga en otra clase de ilustraciones, únicamente con el carácter de excepcion se cuentan aquellos que, ántes de los recientes tiempos, inspiraron la fantasía en asuntos nabarros.

Esta carencia de *sabor de la tierra* será hija de cuantas causas se quiera, excepto de una que sería la que, realmente, pudiese legitimarla, y es: faltarle á la *tierra* *sabor*. Pero por cuantos lados se la mire, se la encuentra rica en musas inspiradoras, que aguardan complacientes á que por su lado pasen los poetas y escritores, ora para dictarles la estrofa épica, ora la narracion caballeresca, ó el silvestre y fresco idilio, ó el conflicto dramático, ó el cuadro de costumbres, ó el contraste social. Que de todo se encuentra en esta bendita región; la llanura y el monte, la historia y la naturaleza, las razas que *no datan* y las razas recién venidas al mundo, las reliquias de la vida antigua y los rudimentos de la moderna, el ademán trágico de los magnates y reyes y el brincar de los pastores.

Veámoslo.

I.

LA NATURALEZA.

El sentimiento de la naturaleza, ó sea, el reflejo del mundo exterior en la imaginacion humana, es tan antiguo como la poesía. Ese sentimiento ha variado con las razas y los tiempos. Meramente descriptivo al principio, se convierte, en cierta manera, en dramático, más tarde. La naturaleza compenetra al hombre; forma parte de su

vida moral y entra en la trama de sus sensaciones; yá la opondrá á sus propias miserias, contemplándola cual reina augusta, fría é impasible; yá cual cariñosa madre que consuela y anima. Y estas diversas concepciones, al alterar la relacion entre la naturaleza y el hombre, alterarán también la índole de la poesía.

A medida que las condiciones de la vida *natural* se borran, á medida que la civilización crece é invade todas las esferas de la existencia, el sentimiento de la naturaleza se afina en ciertas almas, hasta el extremo de que las más bellas y profundas creaciones bucólicas pertenecen á las épocas en que ménos carácter bucólico tenia la civilización. Y consiste en que la naturaleza es el vivo contraste de las fealdades, de las vulgaridades, del encanallamiento de sentimientos y del prosaísmo que toda civilización avanzada trae consigo. El heroísmo y la poesía han desaparecido de la vida social; hay que buscarlos en otra parte. Horacio exclama su «*Oh Rus, quando te adspiciam*» al estar los frutos del árbol romano podridos yá y el tronco mismo herido en sus raíces; Byron traza el cuadro de los sublimes Alpes que levantan el velo de las nieblas y muestran el niveo seno enrojecido por los besos del sol, cuando la organización industrial de Inglaterra está completa y el *utilitarismo* encorva, bajo su manto de plomo, las erguidas actitudes de los antiguos paladines; Goethe renueva los encantos de las escenas bíblicas, de los amores de los patriarcas junto al abrevadero de los ganados al caer de las tardes orientales, pintándonos con mano, de seguro perfumada por el tomillo, las peregrinas figuras de *Hermann y Dorotea* cuando el espíritu formalista, rígido, calculador y brutalmente cuartelero de la Prusia, se apodera de la Alemania de los *lieds* y de las sinfonías; Hugo esculpe los épicos episodios de la lucha entre *Gilliat* y el bárbaro mar de la Mancha, á la vez que las grandes compañías industriales lanzan al mercado sus productos de *baratillo* que auxilian la obra emprendida por la *democracia de la envidia*, de convertir al mundo en un taller de gentes iguales, pero medianas en todo; y ántes que Hugo, Chateaubriand, Lamartine, Musset y sus imitadores, habían pretendido llenar el vacío que en las almas dejan la muerte de las ilusiones, la ruina de las creencias y el descontento de los ideales, con los efluvios y emanaciones de una poesía tierna, susurradora y murmurante que al hablar de la naturaleza se encamina á las cumbres del misticismo de no preferir caer de hinojos ante el misterioso ídolo de «la temible esfinge».

No todos los pueblos están en posesión de los dones que permiten hacer vibrar el sentimiento de la naturaleza en su completa sonoridad; hay pueblos para quienes ésta es un mármol desnudo de inscripciones. Pero sin llegar á tan completo indiferentismo, desde la concepcion de la naturaleza, como mero *decorado* teatral, hasta la concepcion de la naturaleza como un ser que domina ó acompaña al hombre, los peldaños de la escala son muy numerosos.

Que los Romanos, gente de presa, con su frio temperamento de hombres de negocio se quedáran rastreando en ésta y en las demas manifestaciones de la cultura meramente ideal, nada tiene de extraño; en cambio, maravilla tratándose de los Griegos. Las palabras de Schiller son muy ciertas: «Los Griegos han elevado al más alto grado la fidelidad y la exactitud en la pintura de los paisajes; han entrado en detalles minuciosos, pero sin que su alma tomase parte más que en la descripcion de un vestido, de un arma ó de un escudo. La naturaleza parece haber interesado su inteligencia más que su sentimiento moral. Jamás se encariñaron á ella con la simpatía y la dulce melancolía de los modernos.» Y es que los Griegos estaban absorbidos en el culto de la personalidad humana: por eso fueron tan grandes en todo lo que al hombre directamente atañe.

Los Indios, los Persas, los Semitas, particularmente los primeros, nos revelan un vivo sentimiento del mundo exterior. En la India, bajo los esplendores naturales, el hombre se achica; la creacion anonada al rey de ella. La exuberancia del colorido, la riqueza de las imágenes, la grandiosidad de las comparaciones, la abundancia de los epítetos, la grandilocuencia de las descripciones, todas las galas del más lozano génio, se emplean en celebrar las maravillas de una naturaleza sin rival en el planeta. Los *Vedas* son una apoteosis de esa naturaleza y un himno de adoracion á la luz; el sol «de manos de oro», es celebrado como un héroe de epopeya. El *Ramayana* guarda más exacta proporción; el hombre ocupa lugar en la narración, la naturaleza no la llena toda, como en los *Vedas*. Pero cuando se ocupa de ella, cuando refiere el viaje de Roma, su vida en el bosque, su partida para la isla de Ceylan, la vida solitaria de los *Pandavas*, escribe páginas admirables de rica y exacta descripción. El *Bhattikavya*, escrito bajo el mismo criterio armónico del *Ramayana* presenta soberbios cuadros de los bosques, del mar indo, de sus encantadoras riberas, del alborear de los días ceylaneses, en los que la claridad azul cede el pa-

so á la claridad de oro. Y sobre todos los poetas indos, el autor de *Sakuntala*, el tierno Kalidassa se enseñorea del difícil arte de pintar la influencia misteriosa de la naturaleza sobre los sentimientos humanos y se adelanta á todos los modernos en la fusion estética de los elementos subjetivos y objetivos.

Los Arios occidentales, ó sean los Persas, poseian las mismas cualidades poéticas que sus hermanos los Arios orientales, pero como quiera que los paisajes de la meseta del Irán no son tan ricos en formas, colores y vegetacion como los del Hindostán, es natural que aun los mejores poetas persas, como Firdusi, Sadé y Hafiz quedasen muy por debajo de los poetas indos. Así como los jardines de Versalles ó de la Granja no poseen la energía inspiradora de los ventisqueros alpinos, de igual suerte, los perfumados vergeles de la Persia, bien nutridos por arroyuelos domesticados y bien provistos de árboles frutales, no herian y subyugaban la imaginacion tanto como las selvas vírgenes de la India. La poesía de la naturaleza entre los Persas fué amenudo fria y cuando quiso remontarse cayó, amenudo también, en el opuesto defecto de la hinchazon y del amaneramiento; el sempiterno tema de los amores de la rosa y del rui señor degeneró en insípido discreteo. Como dice muy bien Humboldt «el sentimiento íntimo de la naturaleza espira en Oriente en los refinamientos convencionales del lenguaje de las flores.»

Si de las sociedades clásicas y de los primogénitos de la raza indoeuropea pasamos al grupo arameo, la Biblia hebráica nos anonada con sus bellezas. El pueblo elegido celebra los rasgos de la naturaleza que le rodea, sin deificarla jamás, manteniendo incólume la radical distincion entre lo creado y el Criador, que el panteismo indiano confundió groseramente. Al monoteismo religioso, le cuadra la concepcion de la unidad cósmica: en las páginas de la Biblia reverbera su monótona grandiosidad el desierto, despiertan écos los acentos clamorosos del mar, se concentran los árces perfumes de Oriente é irradian sus centelleos los remotos astros. ¡Qué de cuadros serenos y apacibles, impregnados de rústica poesía! Eliezer conversando con Rebecca junto al pozo de Nacór; Jacob conquistando con catorce años de pastoriles faenas la mano de Raquel; Moisés amparando á las inermes hijas de Jetro en la tierra de Madian; y más léjos Ruth la moabita, espigando los campos y durmiéndose á los piés de Booz, allá cuando la blanca luna derrama sus azulados fulgores sobre las

áureas mieses; y tantas otras escenas sin rival que copian una realidad de por sí hermosa. Y qué diremos de los himnos sagrados, de los cantos líricos, de las narraciones épicas y filosófico-religiosas, en las que la naturaleza, sirve para celebrar la infinita grandeza de Dios, de Aquel que con su hálito cuaja el hielo, y esparce su luz con las nubes, y la esconde en sus manos, y manda á la nieve que descienda á la tierra, y derrama aguaceros del cielo á modo de torrentes, y tiene por mensajeros á los rayos, y anda sobre las cumbres del mar, sobre la espalda de las olas que levanta la tempestad.

El sentimiento de la naturaleza es un río, que variando en caudal y dirección ha corrido desde la aurora de la poesía y correrá hasta su ocaso. Las soledades de la Tebaida lo reaniman en los Padres de la Iglesia Griega que dejan con la pluma de San Basilio y San Crisóstomo inolvidables descripciones; palpita en los poemas caballerescos de los Minnesinger, circula pujante en los fragmentos de los cantos del ciclo ossiánico y hasta en las visiones dantescas se deja oír su fresco murmullo. Y cuando el descubrimiento de América abre, como un joyero, todas las bellezas del Nuevo Mundo á los admirados ojos de los Europeos, ese sentimiento se agiganta y dicta á Colón soberbias páginas para su *Diario* y á Camoens inmortales episodios para sus *Lusiadas*. Pero como es condición propia del hombre dejar que se corrompan en sus manos los más puros elementos, el sentimiento de la naturaleza pierde sus toscos ademanes y soleado aspecto al pasar por los salones cuajados de las riquezas del Renacimiento y se entrega de lleno al género pséudo rústico de las églogas y bucólicas cortesananas, del que son los más típicos representantes la *Arcadia* de Sidney, el *Salicio* y *Nemoroso* de Garcilaso, la *Diana* de Montemayor y la mismísima *Galatea* de Cervantes.

Los poetas castellanos, si exceptuamos á Fray Luis de León y á algunos otros místicos, no conocen el puro sentimiento de la naturaleza. Es muy común leer en ellos soberbias descripciones de bosques, montañas, jardines, mares y volcanes; pero como dice muy bien el alemán Tieck, «esos cuadros están sembrados de rasgos alegóricos, cargados de colores artificiales que nos impiden respirar el aire libre, ver las montañas y sentir la frescura de los valles.» A los poetas castellanos les pasa lo que á los persas; la naturaleza es para ellos un decorado que arregla la imaginación, nó un espectáculo que *siente* el alma. Y no puede suceder otra cosa. Para que exista profundo senti-

miento de la naturaleza, es preciso que exista naturaleza. Y no merecen ese nombre las peladas sierras, ni los amarillentos campos sembrados de útil y prosáico trigo, ni la sedienta y calcinada tierra cuyas fealdades todas pone de relieve el implacable fuego del sol, los rasgos los más comunes del paisaje castellano.

La poesía pastoril, por no encontrar un Cervantes que la fustigase con la misma sublime saña que el más grande de los escritores españoles usó contra la poesía caballeresca, continuó reinando durante largo tiempo sobre el gusto. Llega la época clásica que la influencia de Luis XIV impone á la Europa, y la influencia social, cada día creciente, de la vida de salon, exagera el amaneramiento y el artificio de la época precedente y la «gran naturaleza» queda convertida en adorno de las porcelanas de Sevres.

Pero se le preparan mejores días. Los descubrimientos de las ciencias naturales y la influencia de Rousseau, imprimen una nueva dirección á las corrientes literarias. Rousseau, que busca en la naturaleza el remedio á los males de la sociedad, escribe páginas tan detestables en su fondo, como admirables en su forma. Su frase apasionada, llena de luz y colores, su periodo ámplio y majestuoso, (que renueva el solemne estilo de Bossuet), destinado á quebrarse en manos de Montesquieu y de Voltaire, trae el sentimiento de la naturaleza á la literatura, de igual modo que su *Contrato social* lo llevó al terreno del derecho y de la política. Rousseau no es un cortesano que sueña con pastores de peluca blanca y zagalas de media de seda; es un hurraño, un salvaje, un solitario, que ama y odia, pero á la vez un gran poeta que ha templado su alma en los sublimes paisajes alpestres. Al lado, pues, de la poesía pastoril de salon que Florian y sus imitadores cultivan y que la infeliz María-Antonieta y sus damas practican en las vaquerías y prados de Versailles, cuando ya la Revolucion asoma su cabeza de gorgona por el horizonte, se desarrolla otra poesía de la naturaleza que ilustran, además del ginebrino, Bouffon y Bernardino de Saint-Pierre.

La Revolucion, produciendo el vacío que los grandes cataclismos sociales abren en las almas, aumenta el amor á la naturaleza; un ilustre desilusionado, Chateaubriand, entusiasmo á la Europa literaria, con sus descripciones de los bosques americanos y de la vida salvaje y libre de los Pielos-Rojas; Madame de Stael, huyendo del despotismo cesariano, trae en su libro *De la Alemania* la revelacion de la poesía na-

turalista, íntima y profundamente soñadora de los germanos; el «Júpiter de Weimar,» embriagándose con la *Ética* de Espinosa escribe el *Fausto*, que algunos llaman «la Biblia del panteísmo;» por la brecha que Madame de Stael abrió, penetran las literaturas del Norte, tan impregnadas de naturalismo; la filosofía, en manos de Schelling, y de Hegel y de sus discípulos es la filosofía de la naturaleza; el método y las tendencias de las ciencias naturales penetran en las ciencias morales y políticas. Todo conspira, pues, á sobreexcitar el sentimiento cuya historia hemos hecho á grandes rasgos; y no es la menor de las causas, ciertamente, la extensión de la civilización *urbana*, que borra y destruye la que, por contraste nos atravesamos á llamar civilización *rústica* (aunque resulte una antítesis violenta), enérgicamente favorecida por la facilidad de las comunicaciones y los progresos de la industria. ¿Dónde, sino en la naturaleza, pueden refugiarse las almas que aun conservan la sed de lo ideal? El bienestar grosero del cuerpo aumenta; el reinado de la prosa llegó para el mundo civil; las obras del hombre se afean y los poetas, los soñadores, los necios que admiran el reflejo de la aurora en las crestas nevadas del Pirineo más que el *doble pespunte* de la máquina Singer, repiten las palabras de los Arcángeles en el prólogo del *Fausto*:

RAFAEL.

Une su añejo ritmo á la armonía
De la celeste esfera el sol sereno,
Y exacto sigue la prescrita vía
Con los potentes ímpetus del trueno.

Al Ángel da vigor su llamarada,
Aunque no puede penetrar en ella;
Como al salir sonriente de la nada
Aun es la obra de Dios sublime y bella.

GABRIEL.

Y la tierra, esplendente de hermosura
Con rapidez inconcebible gira;
Y la ley del Eden, pronto en oscura
Noche trocada apágase y expira.

Y en su lecho de rocas espumante
Revuelve el hondo mar sus aguas locas

Y en el eterno círculo incesante
Rodando van al par aguas y rocas..

MIGUEL.

Del mar la tempestad corre á la tierra.
Y de la tierra al mar vuelve rugiendo;
Y en orbita fatal al mundo encierra
Con fiero afán y encadenado estruendo,
Luto y desolacion aterradora
Núncian al rayo, en prediccion sombría;
Mas tu fiel mensajero, oh Dios, adora
La suave marcha de tu hermoso día.

LOS TRES ARCÁNGELES.

Al Angel dá vigor tu llamarada
Aunque no puede penetrar en ella;
Como al salir sonriente de la nada,
Aun es tu obra, Señor, Sublime y bella.

Quedamos en que el sentimiento de la naturaleza, compartido por hombres de todas las razas y de todas las épocas es un sentimiento que ha llegado á su apogeo en la poesía moderna, por obra de las causas indicadas.

Todo sentimiento estético se produce espontáneamente, ó por reflexion imitativa; ese sentimiento espontáneo podrá producirse, donde la naturaleza tenga la virtud estética necesaria y existan espíritus aptos para asimilársela. En Castilla faltaron los elementos objetivos; en Nabarra ha sucedido lo contrario, pues en punto á bellezas naturales son muchas las que hay que admirar y esperan poetas y escritores que las celebren.

Nabarra es la hija del Pirineo; la montaña la ha formado; ella la crió fuerte y vigorosa, sublime y heróica. ¡Santas montañas que alzais al cielo las brumosas frentes, jamás á vuestra sombra se engendraron espíritus pusilánimes! El hierro de vuestro seno pasó á las almas y ful-

(1) Véase la excelente traduccion de la primera parte del «Fausto,» hecha por D. Teodoro Llorente, de la cual nadie se ha ocupado en España. Otra cosa sería si se tratase de las desvergüenzas que cruzan entre sí los concurrentes al Palacio de la Representacion Nacional!

guró en la historia. Dios os señaló la misión de ser escudo y fieles á aquel designio, todavía amparais al basco acorralado; ¡ah! no cedais, hasta que os arranquen de cuajo!

La clave de la geografía nabarra, así como su historia, hay que buscarla en el Pirineo. La pétreo muralla levantada por Dios entre la tierra de España y la de Francia, al acercarse hácia el Océano, parece como que se amansa; desde el pico de Anhie que hunde parte de sus raíces en la tierra euskara, el Pirineo pierde su aspecto de barrera; los valles de las dos vertientes se corresponden en los ángulos formados por las montañas; la geografía política puede variar, pero la geografía física es eterna y proclama que en los Pirineos bascos no hay fronteras. *Sumport*, el *Vignemale*, el *Mont-Perdu*, el *Puerto de Benasque*, la *Maladetta*, separan dos mundos, dos civilizaciones, casi diría con Michelet, «á la Europa del Africa;» pero la cordillera que desde el soberbio pico de Ori se encamina en busca de las olas de Fuenterrabía, con sus valles paralelos y confluentes, es el lazo de unión de una misma familia. Y en efecto, allá, al otro lado de los montes, pero no separada por ellos, está la *Euskal-Erria* francesa, «*sangue del nostro sangue.*»

Michelet ha dicho hablando de los Pirineos: «La sublimidad de estos montes reside en la luz, en los ardientes colores, en los rayos fantásticos con que á toda hora los corona ese rudo mundo del mediodía por ellos escondido y que se quisiera ver.» Esta reflexion es exacta, si nos fijamos en el Pirineo aragonés y catalán; pero deja de serlo si nos fijamos en el Pirineo nabarro, á quien la proximidad del Océano, el gran camino de los ciclones, le arrebató el carácter exclusivamente meridional.

El Pirineo nabarro, como los cuadros de Rembrandt, nos ofrece el drama de la sombra y de la luz. Las nubes que el viento sudoeste empuja sobre la colérica faz del Océano, se agarran á las montañas de la costa guipuzcoana, y desde allí, como un ejercito de pálidos fantasmas, de cumbre á cumbre saltando, recorren la extension del Pirineo euskaro. Por dos caminos nos invaden las lluvias. Desde los montes de Motrico y Zumaya, siguiendo la ruta que la mole granítica de *Izarraitz* les muestra, van á caer, como águilas que hacen presa, sobre las crestas de las grandes sierras de *Aloña*, *Aranzazu* y *Aitzgorri*; y desde ellas, resbalando por las pendientes de *Alzania*, salvan la silbosa garganta borundesa, y atraídas, como todo lo que es bueno,

por las alturas, se remontan á los picachos de *Urbasa* y *Andia* y extienden sus vagarosas cortinas por toda la Merindad de Estrella, y penetran en la cuenca pamplonesa por el boquete de *Osquia* ó la encañada de *Val de Olo*.

El otro itinerario es el más propiamente pirenaico. El *Jaizquibel* condensa los vapores que toman tierra por la abertura de Pasages y les dá la mano, para que salvando el vallecito irunés, lleguen á la peña de *Aya*. Desde aquí no hay temor que se pierdan el viento oceánico se encarga de empujarlos de cumbre á cumbre. Entónces comienza una loca carrera. Los peñascales de *Aya*, al hundir sus dientes en las nubes invasoras, las dividen en dos cuerpos; el uno por *Larun*, Archuri, Mondarrain y Altobiscar recorre la cadena pirenaica, mientras encuentra bosques que lo atraigan abasteciendo la vertiente gascona y bearnesa con fructífera lluvia y tornándose en asolador granizo ó estéril ventisquero en la vertiente aragonesa, bárbaramente despejada de sus selvas. El segundo desde *Aya* vuela sobre las cumbres de *Arichulegui* y tendiéndose como un manto que se desdobra por las bravías rocas del Mendaur y del *Ecaitza*, remonta la mansa cuenca del *Bidasoa* y va á unirse en la divisoria de las aguas con las falanges que en las alturas de Archuri y de *Osondo* se desviaron de sus compañeras, por tomar la cuenca del *Baztan*. La divisoria es atravesada por cien distintos puntos á la vez: *Bidala*, *Otzola*, *Gorostola*, *Eradi*, *Labeaga*, *Belate*, *Artesiaga* retienen en sus peñascos y jarales retazos de la túnica vaporosa del gigante que pasa. Y desde la divisoria, descienden las escalonadas montañas que mueren en la cuenca de Pamplona, y por las estribaciones de las sierras del *Perdon* y de *Alaix* se dirigen á refrescar las cálidas y feraces llanuras de la Ribera.

Los montes Pirineos son una cordillera de la Europa Meridional que extiende sus últimos eslabones por la proximidad del Océano. De aquí el perpétuo combate entre la sombra y la luz, entre el rayo y la nube; ni la sequía pertinaz propia de los climas meridionales es posible, ni las lluvias inacabables ó las brumas perennes del Septentrion tampoco. El día que empieza sonriendo en la aurora, acaba pur llover á la tarde; otras veces, los vapores matinales se disuelven con los rayos del sol, y diríase que se renueva la gran dispersión de los espíritus tenebrosos ante la espada de los Arcángeles. Los más opuestos contrastes se suceden en un instante; ahora muerde las carnes el látigo helado del invierno; luego canta la primavera. Las nieblas tupidas

y espesas, con su color de ceniza cernida yacen aplomadas en los valles y ocultan la erguida actitud de las montañas. Sopla levemente el norte, y aquellas masas vaporosas, aquel mar de los limbos, se ponen en movimiento. Como la humareda de un incendio, se elevan y extienden; poco á poco toman formas redondeadas, nubosas; la luz las penetra, los tintes cenicientos se platean, las mallas grises se sueltan y distienden; despues el aire las dilata y se tornan azules, transparentes, color de cielo ó de mar tranquilo; las formas diluidas en el claro oscuro crepuscular de las brumas, surjen y resucitan; al través de la azulada cortina, los prados y los árboles esmaltan el paisaje con sus verdes vivos ó sombríos que las lluvias ó la aguada refrescaron; la luz solar filtrada en las bajas nubes se descompone y quiebra, segun sean los reflejos, en matices opalinos, verdosos ó dorados; á lo largo de los montes, como el adusto entrecejo de un Titan pensativo, quedan largas fajas de nieblas parduzcas. Allí brilla la cumbre granítica; aquí negrea el valle; más lejos, la floresta levanta los velos que le tendió la noche. El sol invade el horizonte y se enseñorea del espacio, y lo ocupa todo con su majestad y magnificencia cual le corresponde al Rey del mundo. Y las nubes y las nieblas, atraídas por él como las mariposas por la luz, van subiendo lentamente, y se inflaman y encienden, mostrando en su purpúreo fondo cuajados centelleos de bronce y oro, hasta que se dispersan por la atmósfera en grupos pajizos y nacarados.

Otro espectáculo grandioso del Pirineo nabarro es la brusca invasion de las lluvias en las postrimerías del periodo otoñal. Las borrascas establecen brutalmente su imperio, como las avalanchas caen. El cielo palidece de pronto; detras de las crestas de las montañas aparecen las crestas de las nubes, hinchadas y de color de plomo; una primera bocanada de viento, á manera de fugaz, pero característico prodromo, levanta torbellinos de polvo mientras las hojas ruedan con un chasquido sordo, como de pergamino viejo; de las márgenes de los riachuelos, de las véras de los bosques, de los hondos valles se alzan, unas tras de otras, las nieblas hasta entónces invisibles; aquella repentina ascension de lo informe sobrecoje. Parece que se asiste á la florescencia de algun lúgubre ensueño, ó que la tierra abre sus sepulcros y dá libertad á los muertos. El sol agoniza lanzando algunos rayos de color de fuego, de ese mismo color con que brillan las hogueras entre las sombras de las ferrerías. Y al atravesar las apiñadas

filas de los fantasmas, entre los pliegues de sus sudarios serpentea la luz como si se desenvainasen espadas ó se alzarán lanzas. Pero la lucha dura poco; los vapores de arriba y los de abajo se funden; la claridad queda ahogada y su lugar lo ocupa una penumbra blanquecina, inmovil y opaca, más tétrica y borrosa que los mares del cáos. Entónces resuena una queja; algo semejante al balbucear de un lamento: es el huracán que se acerca. Se escuchan ayes, voces extra-humanas que se disputan, zumbidos de caverna, sacudimientos de árbol, rodar de peñas: un silvido agudo que se retuerce y comprime, y luego se extiende en vertiginosas espirales, un clamoreo, un redoblar, una explosion desesperada de los clarines del abismo. Las nubes se abren y la lluvia descende fria, copiosa, menuda, hora tras hora, día tras día, rayando con sus gotas el fondo gris de las nieblas, con tan pertinaz continuidad, con tan inacabable chorrear, que la impresion de hallarse todo como diluido en el agua penetra en las almas, ensombrece los pensamientos y hace dudar del sol.

Desde el Pirineo, raíz geológica de Nabarra, las montañas se van extendiendo en lenta progresion decreciente. Las estribaciones y derivaciones de *Encia* y *Urbasa* por un lado, y las de la sierra de *Leire* por el otro, forman como los extremos de una inmensa herradura. Nabarra que ha alcanzado toda su amplitud en la region montañosa, al tocar la llanura se estrecha y amengua, mejor dicho, se pierde en aquellas planicies, puntos de interseccion de Aragon y Castilla: la geografía profetiza la historia. La llanura que desde Tafalla intentó en vano salvar las asperezas del Carrascal para tocar en Pamplona, como una herida que se ensancha á la vez que se remonta hácia el agujero de entrada, toma posesion de la tierra. Allí está, fácil y abierto, el gran camino de las invasiones, el defecto de la coraza que ha de permitir hundir el hierro en el corazon de Nabarra: en vano intentarán cerrarlo los rudos y valientísimos pueblos que lo habitan. Los huesos del extranjero blanquearán más de una vez aquella comarca, pero los influencias morales que son las que asimilan é igualan, no encontrarán valladar. El *Monte Jurra*, el centinela avanzado de los montes euskaros levanta inútilmente la cabeza; quien allí lo domina todo es el *Moncayo*, el gigante aragonés.

Los valles, cuanto más cercanos al Pirineo son más angostos y profundos. Su aspecto va cambiando segun nos acercamos á la tierra llana. Los bosques de pinabetes, olmos, abetos, hayas, encinas y ro-

bles; los frescos prados, los maizales y castaños; la perenne verdura esmaltada de bordas y caseríos; las encañadas surcadas de arroyuelos y riachuelos ceden el paso á un paisaje más severo: las laderas y las alturas se ven despojadas de vegetación, ó á lo sumo, cubiertas de jarales y malezas; en los repliegues del terreno ó en las orillas de los ríos, los chopos levantan sus escuetos troncos; en los sitios más resguardados, la vid se ensaya á vivir, preludivando su soberbio desarrollo de otras zonas yá cercanas; las piezas de trigo amontonan sus grises terrones removidos por las *lajas*; de cuando en cuando una pradera interrumpe la árida coloración de la tierra. La belleza de esta región se encuentra en la mayor amplitud de los valles, en el desarrollo del horizonte, en el contraste del monte y del llano, en la línea azul y quebrada de las sierras circunvecinas, en los accidentes continuos del terreno. Hay que mirarla de alto ó de lejos; de cerca, si se repara en los detalles, es vulgar y prosáica. Pero el encanto del conjunto es grande; exhala un dulce y melancólico sentimiento, mezcla de pena y de esperanza, como todo lo que es *transición*.

La tercera zona es el vivo contraste de la primera; el cielo azul de la España meridional sonríe perpetuamente las rudas producciones de las montañas están substituidas por dulcísimas frutas, por sabrosas verduras; la viña tapiza los llanos y trepa por todas las colinas; el verdor sombrío de los olivos corta la amarillenta superficie de las tierras de pan traer; las huertas son jardines y los jardines, orientales vergeles. La primavera es allí una apoteosis; los colores y los perfumes dan una fiesta el sol derrocha su luz de oro y sin embargo, es vencido por los matices de las flores; del murmullo de los arroyos nadie se acuerda escuchando el gorjear de los pájaros enloquecidos. El aire límpido y trasparente como el agua de las rocas, dá relieve á todos los objetos, y por la noche, cuando la luna lo invade, argenta y azuléa la campiña, convirtiéndola en el paisaje encantador de los sueños. Se echa de ménos, en aquel cuadro, el blanco velo de las sultanas y el apasionado ritmo de las serenatas de Venecia. El ruiseñor trina como en el jardín de Julieta y los astros centellean como en el puro cielo de Grecia. Pero no busqueis soberbias bellezas fuera de dos épocas: ó cuando la primavera entona el himno de la resurrección, ó cuando el otoño preludia la elegía de la muerte. El clima excesivamente violento de la Ribera trueca al oasis en cementerio; el viento norte que galopa por la llanura en libertad salvaje, quema tanto como

el sol canicular; la aridez sucede á la sequía y el que ha contemplado esa tierra ántes que una ú otra se establezcan, despues no la conoce.

Al salir de las puertas del «jardin de Nabarra» se tropieza con las estériles llanuras de las Bárdenas, con los *despoblados* inhospitalarios, con las yermas estepas de sabor africano que abren téticamente la desolada sucesión de los páramos del interior de España.

El contraste y oposicion que en bien de las inspiraciones del arte se nota entre las tres zonas de Nabarra, son relativamente modernos. Hace algunos siglos la selva era la prolongación de la montaña: en el siglo XV Tafalla y Olite tomaban á sueldo al balletero Pedro Ferrandiz de Atienza para que «continuamente cazase y destruyese los venados y ciervos que causaban grandes daños en las mieses y viñas.» Hoy ni las montañas conservarán el arbolado; la codicia y la desidia de quien debiera velar por ella, están talando nuestra riqueza forestal; lo que la asoladora hacha del hombre no consigue, lógralo el diente incansable de la cabra. Es una fiesta de caribes ó una invasion de Atila. Con el árbol desaparece cierto género de cultura, cierta situacion económica, cierto estado social, cierta civilizacion, porque en este mundo las causas físicas producen resultados morales. El pequeño propietario cede el puesto al grande y el colono al proletario. A la vez que los árboles, se marcha el bascuence; y con el bascuence se marcha el pueblo euskaro, porque cambiar de lengua es «cambiar de alma.»

Yo también repito la triste frase del naturalista Mr. de Candolle al contemplar la decadencia de las especies arbóreas: «la medianía prevalecerá» y hago mías las acongojadas palabras dirigidas por Michélet á los bosques de la Engadina:

«Queridos árboles me pareceis hombres. Vuestro bosque enfermo, me recuerda el bosque humano. Lo que sufrís, es el rasgo universal del siglo. Siglo ingenioso, inventivo; pero poco amante de lo grande. Nadie trabajó mejor que él para aplanar todo lo que se eleva. Nadie se cansó tanto como él destruyendo las razas heróicas, extirpando los héroes.

La llanura es la dueña del siglo y hace la guerra á la montaña.

La montaña del Cáucaso, donde há poco brillaba la más hermosa, la más altiva de las razas blancas; la montaña de Creta; el único país en que la raza griega ha permanecido pura; la montaña Escandinava, las islas de los viejos reyes del mar; todo eso está arrasado, destruido, ó lo será pronto.

¿Dónde están los nobles Indios de la América del Norte? Dónde los Galeses, una de cuyas hijas dió á luz el gran Shakespeare? Dónde los Highlanders, despojados por la Inglaterra, muertos por ella en Waterloo?

El *platt-deutsch* marcha al Norte, para arrasar el pais de Hamlet. La chata llanura de Rusia va poniendo á su nivel á la tierra de Sobieski y á la tierra de Cárlos XII. Donde estaba la selva, se alzar  ma ana la vulgar hospeder  de las turbas, ricas y grosoras, que acuden   despreciar y   gozar.»

 Dios mio, no a adais   esa lista de grandes muertos el nombre de la raza euskara!

ARTURO CAMPION.

(Continuar ).

MAYATZEKO ILLEAN MAYATZIK EDERRENARI.



Ill onetan dakust lora gurichua,
 Ill onetan pozez jayo barria,
 Ill onetan bere sabel ezitsua
 Ill au gozotzeko dau idigia,
 Ill au e eurakaz a  da edertua,
 Ill ause dalako eder zalia,
 Ill eder zale au alan apaindua
 Dontzella, eder baten da kerizia;¹
 Dontzella, danaren chit birtutetsua,
 Dontzella, danaren dana grazia,
 Dontzella, danaren beti Ill loratsua,
 Dontzella, dontzellen miragarria.
 Dontzella, dontzellen goy ta ga ekua,
 Dontzella, dontzellen jarraigarria,
 Dontzella ta Ama batera aurkitua,
 Dontzella Esposa bat eta bia;
 Dontzella au zalako artzeko Berbuak,
 Dontzella jare nik gure aragia,
 Dontzellatasuna i oz galdu baga
 Mayatzik ederren zara Maria.

FELIPE ARRESE-KOA.



(1) Sombra.



EL GÉNIO DE NABARRA.



Euskal-Erriaren alde.

II.

LA RAZA.

El brillante escritor suletino Chaho pone en boca de Aitor las siguientes palabras: «Mi pueblo, en su origen, fué semejante á un gran rio que hace brotar bajo el cielo los tesoros de la fecundidad terrestre. Hoy, mis tribus, no son ya sino unas gotas límpidas que se filtran en el hueco de una roca y que el primer soplo de la tempestad, acaso, secará.» Pues bien, los Nabarros son una de las siete gotas que aun quedan del rio de Aitor, una de las siete tribus euskaras conservadas por las fragosidades de los Pirineos, como la perla por las conchas de la ostra. Dentro de un siglo, de seguir las cosas el camino que traen, los Nabarros, destetados de su idioma nativo y transformados en sus costumbres, habrán perdido su naturaleza euskara y serán otros tantos miles de aragoneses ó castellanos. Y si á pesar de su decadencia y apostasia continúan ostentando cualidades y dones dignos de admiracion, se deberá á que las heces de un licor generoso no son heces como todas las demás.¹

(1) La decadencia de un tipo nacional puede tener lugar de dos maneras: ó por mezcla con otras razas. ó por atrofia de la energía conservadora del mismo. En el caso primero el producto del cruzamiento podrá adquirir parte de las

La Academia Española compartió durante mucho tiempo la ojeriza que en las regiones cortesanas no podía ménos de profesarse á estas provincias Bascongadas y Navarra que supieron sustraerse siempre al absolutismo de los señores Reyes de Castilla; así es que fué muy dada á patrocinar las opiniones que más aminoran las glorias y derechos de esta region, por tantos conceptos nobilísima. A tal categoría de opiniones pertenece la que en su *Diccionario geográfico* tiene cabida, de ser los Nabarros un pueblo gótico que conquistó parte del país ocupado por los Bascos y le dió nombre.¹

La unidad étnica de Nabarros y Bascos es afirmacion puesta fuera de toda duda. Ochocientos sesenta y cuatro pueblos, villas y ciudades constituyen la actual provincia de Navarra; *setecientos treinta y uno* de ellos llevan nombres puramente euskaros; *treinta y uno* son de filiacion dudosa, aunque fácilmente reducible al euskara en su mayoría; y de los *ciento dos restantes*, varios poseen dos nombres; uno románico ó neo-latino y otro bascongado: por ejemplo, Pamplona *Iruña*, Estella *Lizarra*, Olite Erriberri, Espinal Auritz-perri, Monreal *Elo*, Puente la Reina *Garés*, Roncesvalles *Orreaga*, Salinas de Oro *Gatzaga*, Torrano *Dorrau*, Valcárlos *Luzaide*, Burguete *Auritz*, etc. No hay parcela de la tierra nabarra que se halle huérfana de denominaciones formadas con raíces euskaras, y cuanto más remontemos la sucesion de los tiempos, más abundantes pruebas nos suministrarán los nombres locales. Tomemos un pueblo desprovisto de todo sabor basco; tomémosle con nombre debido al castellano y tan apartado de la zona del bascuence actual cuanto sea posible; si examinamos sus escrituras de

cualidades del progenitor extraño. En el segundo, que es aplicable á los nabarros que están en vías de dejar el tipo euskaro, habrá únicamente disminucion ó pérdida de las cualidades originarias; el nabarro que sufre la *capitis* disminucion máxima de su tipo étnico, adquiere por imitacion el tipo aragonés ó riojano, pero no las cualidades ingénitas á estos tipos. El estudio de la influencia de la variacion de los tipos fisiológicos en las revoluciones políticas y sociales está todavía en embrion. Bastara lo dicho para comprender que la palabra *heces* se refiere exclusivamente á la decadencia euskara. En España el rasgo característico de nuestra dinámica social, consiste en la extension del tipo más meridional; Madrid es hoy una sucursal de los barrios bajos de Andalucía, y Madrid da el tono á las provincias españolas. Este solo hecho demuestra que las teorías del progreso fatal y continuo, mediante la seleccion natural y la adaptacion, son falsas. Amenudo triunfan los tipos inferiores. España valdría más, intelectual y moralmente si el tipo de nuestro *bordari*, por ejemplo, ganase terreno y el del *chulo* lo perdiese. Antes los hombres del Norte conquistaron á España; ahora les toca su turno á los del Mediodía. (N. del A.)

(1) Véase *Diccionario geográfico de España*, tomo 2.º págs. 57, 152 155.

ventas, donaciones, testamentos etc. á un par de siglos de antigüedad que alcancen, veremos que casi toda la toponimia es euskara. Pero no hay que tomarse esa molestia; basta desdoblar el mapa; en plena Ribera, en las proximidades, en las orillas mismas del Ebro, encontraremos nombres tan genuinamente bascongados como pudiésemos hallarlos entre las asperezas de la Barranca ó de Aézcoa: por ejemplo, *Larraga*, *Lazagurria*, *Mendabia*.

El bascuence lo han hablado únicamente los Bascos, y los nombres geográficos esparcidos por toda Navarra son euskaros; de aquí se deduce que los pobladores de esta tierra fueron bascongados, sin que las numerosas invasiones de pueblos muy poderosos hayan conseguido dejar sino pocas huellas de su paso.

Otra prueba no la suministran los apellidos; éstos se sustraen por tiempo indefinido á los cambios acaecidos en el lenguaje, á no ser que la civilizacion sea muy rudimentaria; podrán deformarse más ó ménos, segun sea la fuerza expansiva del nuevo idioma, pero siempre permanecerá reconocible su filiacion. Los apellidos de un pueblo mudan radicalmente si la raza es totalmente absorbida por otra, ó si acaece un cataclismo que rompa todos los eslabones de la continuidad y tradicion social. Los apellidos de la Ribera de Navarra, estudiados en el último padrón electoral, me han suministrado los siguientes datos; el *setenta por ciento* es euskaro; el *diez y siete* provenzal (gascon, catalán, valenciano, alto-aragonés,) el *diez* castellano y el *tres* de muy diversa composicion: (francés, árabe, gótico, portugués, etc.) En los apellidos castellanos hay muchos tomados de adjetivos; como *Zapatero*, *Blanco*, *Rubio*, *Cortés*, *Izquierdo*, *Bueno*, etc., etc., y nada prueban contra la oriundez de los que los llevan, pues pudieron aplicárseles como apodo ó calificativo en época en que se hablaba el castellano, aunque fuesen los calificados, euskaros de raza hasta la médula. Estos números demuestran que la masa de la poblacion riberaña no ha sufrido alteración desde los tiempos primitivos.

La identidad de raza de bascos y nabarros ha podido convertirse en problema cuando las pasiones políticas, prevaleciéndose de la accion de las fuerzas *diferenciadoras* que están obrando sobre nuestro país, tuvieron interés en negarla ó ponerla en duda. El texto más antiguo que se refiere á la etnografía basco-navarra se encuentra en un *codex* de Santiago de Compostela, sacado á luz recientemente por mi ilustre y respetable amigo R. P. Fidel Fita. El autor es un peregrino

francés, llamado Aymeric Picaud, el cual estuvo en el célebre santuario á mediados del siglo XII. El texto mencionado es una descomunal diatriba contra los nabarros, á los que califica de «gens barbara, omnius gentibus disimilis ritibus et essencia, omni malitia plena, colore atra, visu iniqua, prava, perversa, perfida, fide vacua et corrupta, libidinosa, ebriosa, omni violentia docta, ferox et silvestris, improba et reproba, impia et austera, dura et contentiosa, ullis bonis inculta, cunctis viciis et iniquitatibus edocta, Gotis et Sarracenis consimilis malitia;» lo que en castellano reza: «Pueblo bárbaro, diferente de todos los demas en costumbres y en naturaleza, repleto de todo genero de maldad, de tez morena, de aspecto miserable, depravado, perverso, pérfido, infiel y corrompido, libidinoso, borracho, amaestrado en toda clase de violencias, feroz y salvaje, inmoderado y digno de desecharse, impío y poco afable, rudo y terco, que nunca practica el bien, maestro en todos los vicios é iniquidades y semejante en su malignidad á los godos y á los sarracenos.»

No es extraño que si se tomaron al pié de la letra estas frases, estuviesen en menguado predicamento los euskaros en Santiago de Compostela y que trascendiera en seguida á Gelmirez y su *Historia Compostelana*.

El peregrino francés ó cualquiera que sea el autor del fragmento etnográfico, no hace diferencia esencial de bascos y nabarros. Citaremos el texto, que es interesante por lo antiguo y paladino: «Navarri et Bascli, unius similitudinis et qualitatis, in cibis scilicet et vestibus et lingua utuntur; sed Bascli facie candidiores Navarris aprobantur;»¹ es decir, «los nabarros y los bascos, siendo del mismo carácter y condicion, usan iguales alimentos, vestidos y lengua; pero los bascos tienen el rostro más blanco que los nabarros.»

Así es que el bizcaino Astarloa tenia mil razones contra todos los Académicos del mundo al decir de los Nabarros: «Nos son íntimamente unidos estos héroes de nuestra nacion. Son nuestros legítimos hermanos. Todos somos hijos de los antiquísimos Bascos y gloriosos descendientes de los primeros pobladores de España.»²

El nombre nacional de los Bascongados es *Euskaldun*, *Euskeldun*,

(1) Lo anotado encuéntrase en el curioso artículo de Mr. Julien Vinson, titulado *Les Bosques du XII^e siecle*.

(2) *Apol. de la lengua basc.* pág. 24.

Eskualdun, Eskaldun, Uskaldun, según la variedad de los dialectos; es vocablo formado, por composición, de las palabras *euskara, euske- ra, eskuara, eskara* ó *uskara*, «lengua bascongada» y de la forma relativa de la tercera persona singular del indicativo del verbo transitivo, *dun* «que tiene» con permutación fonética ordinaria de *r* en *l*: así es que *Euskalduna, Euskelduna*, etc. con el artículo *a*, vale tanto como en romance «el que tiene la lengua bascongada.» Nombre significativo y propio de un pueblo cuyas virtudes parecen vinculadas en su idioma, hasta el punto de que extirpado éste de una región, quedan los habitantes de ella como huérfanos y desamparados de una madre que siempre miró mucho por las buenas prendas de sus hijos.

Este pueblo no ha sido conocido en la historia ni en la literatura con su nombre indígena hasta hace poco; el nombre genérico que le daban era el de Bascongado; los específicos, muchos: cántabros, alabeses, nabarros, bizcainos, suletinos, guipuzcoanos, labortanos. Excepcionalmente suena durante la edad media el nombre nativo; el poeta provenzal Girart de Rossillon dice:

Mentre Girarz paraule des Escharrans. Euscharrans es, ciertamente, nuestro moderno «euskaro.»¹ Los mismos bascongados, como que escribían en francés, castellano, bearnés ó provenzal, tomaban del uso vulgar, para designarse, la palabra corriente. Chaho nota que el abate Darrigol, autor de una *Disertacion acerca de la lengua bascongada* que en 1827 coronó el Instituto de Francia con el premio Volney no menta una sólo vez la palabra *Euskara*.

La palabra *Basco* aparece en los libros de los antiguos romanos y griegos. De dónde procede esta denominación? Es un nombre *euska-ro*? Es la corrupción de un nombre *euskaro*? Es una invención romana ó griega? Hay que desechar la última hipótesis; casi siempre los pueblos, para designar á otros, adoptan el nombre propio de éstos desfigurándolo ménos ó más; y cuando nó, se fijan en algún rasgo del pueblo nuevamente conocido y lo designan con un apodo ó denominación descriptiva: *Basco* no significa nada ni en griego ni en latín.

El nombre nacional usado en todas las tribus *euskaras*, cualquiera que sea la nacionalidad á que pertenezcan, es el que he dicho. Ningun nabarro, ni bizcaino, ni guipuzcoano, ni alavés, ni suletino, ni

(1) Vinson. *Les basques du XII siecle*, pág. 19.

labortano que hable en bascuence dará el nombre de la provincia ó territorio de su naturaleza; dirá siempre *Euskalduna náiz* «soy euskaro.» Pero esto no impide la existencia de otras apelaciones que marquen las diferencias existentes dentro de la unidad.

En Guipúzcoa hay la costumbre de distinguir la parte alta y la baja; á la primera la llaman *Goyeri* «país de arriba,» la segunda *Beterri* «país de abajo;» de aquí *goyerritar* «habitante del país alto» y *beterritar* «habitante del país bajo.» De una distincion semejante puede proceder la palabra *vasco* (ortografía románica) ó *basco* (ortografía euskara etimológica). *Baso* significa «bosque, selva;» es sinónimo de *oihan* y por extension se aplica á los montes, donde naturalmente es más abundante el árbol que en el llano; *ko* es un sufijo que indica procedencia; *basoko* aplicado á un sér ó cosa, aun en el lenguaje de hoy, indica que es «de monte ó selva»: *basoko* por lo tanto, equivale á selvático ó montañés. La elision ó supresion de *o* no es de las más frecuentes en euskara; aquí puede proceder de la adaptacion latina. *Vascus* ó *bascus* es más conforme á la desinencia de las palabras latinas que *basokus* ó *vasokus*. Los romanos dominaron la tierra llana de la Euskal-Erria; los habitantes de dicha region, acaso, distinguirían ántes de perder su lengua indígena, con el nombre de *basokóak* «los del bosque ó monte», á los habitantes de la region montañosa. Hoy mismo, en Pamplona, montañés equivale á bascongado de Navarra; á los guipuzcoanos les llamamos *provincianos* todavía, como cuando era Navarra un reino. Los romanos recogieron el nombre específico *basoko* y sin ocuparse del genérico, lo latinizaron en *vascus*: del latin pasó á las otras lenguas de Europa.

Esta es la opinion «clásica»; mi respetable amigo Mr. Duvoisin adoptó la opinion sustentada por Mr. d' Avezac que es curiosa; Humboldt calificó de extraordinaria la persistencia de los autores antiguos en escribir las palabras *Vasconia*, *Vascones* con *V* ó *Ua* en lugar de *B. Ua*, dicen los modernos etimologistas, indica que en *Vasco* la *V* empleada representa á la *u* vocal y no á la *v* consonante. Los copistas y tipógrafos no tuvieron en cuenta la diferencia entre ambas y escribieron indiferentemente *vasco* y *uasco*; así, indudablemente la pronunciaban los romanos. En el siglo IX Eginhart y Angilbert escribian ese nombre con *w*, que se pronunciaba *u* gutural entre los Francos; de *Wasconia*, *Wascones* surgieron las palabras *Guascuigne*, *Guascuin*, *Guascainz* al formarse la lengua francesa, antecesoras de las modernas

Gascogne (Gascuña) y *Gascons* (Gascones), de igual suerte que *Willelmus* ha producido *Guilelmus*, *Wulphilas Gulphilas*, *wichet gichet*, etc., etc. *Uascones* es una contraccion de *Uaskaldones* y ésta una imitacion de la palabra indígena *euskaldun*, *euskeldun*, etc.¹

Los hechos lingüísticos no desautorizan esta opinion. La confusion de la *v* con la *b* es conocida por el latin, sobre todo desde principios del siglo IV. En las inscripciones se encuentran *bendidit*, *berna*, *berum*, *bixit*, *jubenis*, *serbies*, *vibies*, *boces*, en vez de *vendidit*, *verna*, etc. Este cambio de letras pasó á los dialectos neo latinos: *berbice*, italiano, de *vervex*; *barrer*, castellano, de *verrere*; *bexiga*, portugués, de *vesica*, etc.²

La sustitucion del signo alto-aleman *w*, *v* gótico, cuya pronunciacion en *wa*, por ejemplo, era *ua*, por el grupo *gu*, es tambien un hecho probado: los ejemplos abundan. En italiano tenemos *Gualando* de *Wielant*, *guarire* de *warjan*; en castellano *guerra* de *werra*, *guisa* de *wisa*; en portugués *tragoa*, de *triwa*; en francés *garnier* de *war-nem* etc. etc.³ En algunos documentos antiguos, además del *codex compostelano*, la forma latina de basco es *Bascle*, *Basclus*, sin la metátesis que se observa en Aymeric Picaud. Esta ortografía no impide que, pueda reducirse á la etimología propuesta, la palabra en litigio. Mr. Vinson encuentra muy admisible la derivacion de *Bascli*, *Basclenses* de la palabra original *euskara*, *uskara*, mediante prótesis de un espíritu suave, de una *w*, *v*, *b*, traída por la *u* del diptongo inicial y la permutacion de *r* radical en *l*, que es seguir el mismo camino abierto por Mr. d' Avezac.⁴

Las palabras *vascón* y *vasco*, ya las consideremos como corrupcion del nombre indígena, ya como adaptacion latina del mismo, corren por todas las lenguas europeas con el mismo significado que el *Euskaldun* en bascuence: indican la raza. Pero esta raza, se ha constituido en diversos organismos políticos, y los ha diferenciado con un nombre propio que viene á marcar la diferencia entre el genero y la especie. Uno de éstos nombres específicos es el de *Nabarrros*. Segun Moret, la primera vez que suena el nombre de *nabarrros* es en la relacion que hace Eginhardo de la rota de Roncesvalles.⁵ El

(1) Duviosin. *Ant. ibéricas*. Revista *euskara* tomo 3.º pág. 171.

(2) Fred. Diez. *Grammaire des langues romanes*, tomo 1.º 265.

(3) *Ibid.* pág. 304.

(4) Vinson. *Les basques du XII^e siecle* pág. 22.

(5) *Invat. históricas*, pág. 224.—Hé aquí las palabras de la crónica austral.

año 1050 el Obispo D. Juan se titulaba *Rector Navarrensiunum*. Los primeros Reyes solían titularse Reyes de Pamplona y alguna vez Reyes de Nabarra. Desde D. Alonso el Batallador esa denominación se hizo más frecuente; entre los títulos de D. García Ramírez y D. Sancho el Sábio, figura el de Rey de Nabarra y de todas las Montañas.¹

El espíritu humano en sus creaciones marcha de lo concreto á lo abstracto, de lo particular á lo general, de lo simple á lo complejo, de lo relativo á lo absoluto. Esta ley del desarrollo intelectual está demostrada por el análisis del lenguaje: las palabras de significación, más espiritual, comenzaron por aplicarse á objetos materiales. Con arreglo á ésta ley es temerario creer que los nombres nacionales se aplicaron de golpe á una gran extensión de terreno ó á una gran multitud de personas: por el contrario, principiaron siendo nombres individuales, ó poco ménos. Es lo acontecido con el de *nabarros*.

Tocante á su etimología, hay una opinión «clásica» entre los historiadores del país; me parece superior á las demás. De ella ha dado, á mi juicio, el ilustre Oihenart, la fórmula más acabada. Si *naba* significa en bascuense «llanura rodeada de montañas,» la etimología de *nabarro* no ofrece duda. *Nabarro* es la traducción romántica de una palabra euskara formada por composición, de *naba+ar*, que es un vocablo-sufijo que significa *varon*, *macho* y sirve para indicar la relación étnica; p. ej. *menditar* «montañés,» de *mendi* «monte» y *ar* con *t* eufónica; *donostiar* «habitante de San Sebastian,» de *Donostia* «San Sebastian» y *ar*. Unidos á *nabar* el artículo singular *a* ó el plural *ak*, hacen *nabarra*, *nabarrak* «el habitante» ó «los habitantes de la llanura.» La significación, de *naba*, hoy perdida en los dialectos del euskara, acredita el nombre de *eskunaba* que en tiempo de Oihenart recibía de los bascongados la palma de la mano, cuando se le dá la forma cóncava.² De *Nabar* se formó *Nabaerri*, «país de los nabarros», y de esta palabra *Nabarra*, la cual poco á poco salió de la re-

siana: *Superato, in regionem Vasconum, Pyrenici jugo, Pampelonem, Navarrorum oppidum aggressus in deditionem accepit.*

(1) Yanguas. *Diccionario de Antigüedades*, tomo 2.º pág. 462.

(2) *Nominis ratio á Vasconum lingua petenda est, quæ voce Nava plantie aliquam montibus proximè succedentem, solet denotare. Inde et manus vola seu concava pars apud eandem Gentem, Escu-nava nomini habet: A Nava fit denominativum Navar, et adiecto articulo Navarra, quo incolæ plantæ regionis designatur.* Oihenart, *Notitia utriusque Vasconicæ*, pág. 74.

gion á que primitivamente se aplicaba y se enseñoreó de mucha tierra.

La etimología anda de acuerdo con la historia; los títulos de nuestros reyes distinguen Nabarra de las montañas; prueba que Nabarra no era montaña y que hubo dos Nabarras, la una más antigua que la otra. Cuál sea aquella, cuestion es interesante, pero no de las que han de levantar vallas á nuestra marcha. Según el malogrado y mártir Príncipe de Viana «llámase la antigua Nabarra estas tierras; son á saber: las cinco villas de Goñi, de Yerri, de Valdelana, de Amescua, de Valdegabal (Val de Guesalaz ?), de Campezo, la Berrueza, é Ocharan (Echarren de Mañeru ó Echabarri de Allin ?): en este día, una grant peina que está tajada entre Amezcoa, Eulate, é Valdelana, se clama la Corona de Navarra; é una aldea, que está al pié se llama Navarin.¹⁾ Yanguas indica el asiento de la primitiva Nabarra en el valle de Yerri, de donde se comunicara el nombre á los pueblos y valles de Allin, Mañeru, Goñi, Amescua, Guesalaz y Pamplona.²⁾ Mas, adóptese uno de esos dos pareceres ú otro cualquiera de los que corren el mundo y no se hayan desatendido de los datos señalados, queda por firme y valedero que el apellido de nabarros creció en el valle y aluego se subió á las montañas. El manuscrito de Ayimeric Picaud nos pasa el sello con que podemos cerrar solemnemente la opinion propuesta. Recordemos los rasgos físicos que presta á los nabarros; «*colore otra... sed Bascli facie candidiores Navarris aprobantur.*» La observacion de hace siete siglos continúa siendo exacta hoy: nuestros riberanos tienen la tez más morena, la color del rostro más atezada que nuestros montañeses, protegidos del sol por los bosques del Pirineo.

ARTURO CAMPION.

(Continuará).

(1) *Crónica de Reyes de Navarra*, pág. 35.

(2) *Diccionario de antigüedades*, tomo 2.º, pág. 467.



EL GÉNIO DE NABARRA.



Euskal-Erriaren alde.

(CONTINUACION.)

Las razas antiquísimas, en lo que á la escudriñacion de sus orígenes se refiere, parecen ruinas de monumental edificio, contempladas á la luna. Todo es como ensueño y quimera. Sombras que cortan á inciertas claridades; centelleos marmóreos que se disuelven en azuladas penumbras; haces de luz en los remates de las torres; abismos de negrura en los expoliados huecos de escaleras y portaladas. El conjunto, sin el detalle; el lineamiento, sin la forma; el misterio, lo vago, lo mudable. Lo que se palpa y lo que se adivina. El fragmento y la reliquia, entrevistos. El raciocinio, cuanado por la fantasía; la mirada convertida en vision.

Un Montmorency, con el orgullo natural de las razas feudales, dijole á un bascongado en ocasion en que, sin duda, éste no le guardó todo el miramiento que las pretensiones linajudas, obtuvieron durante ciertas épocas:—«Sabe V. que datamos de mil años?—Pues nosotros, respondió el basco sosegadamente, nosotros, ya *no datamos.*» —Áltiva y oportuna respuesta y que es un Evangelio de la historia! Y como, efectivamente, los euskaros no datan, la ciencia, que es indiscreta y curiosa sobremanera, se ha empeñados en hacerlos datar, valiéndose, para construir innumerables sistemas, de todos los recursos de que puede echar mano, amén del de la inventiva.

Cuatro palabras, todavía usadas hoy en diferentes dialectos, atestiguan la remotísima antigüedad de la lengua euskara; estas palabras son *aitzkor* «hacha,» *aitzur* «azadon,» *aiztur* «tijera» y *aizto* «cuchillo;» en todas ellas aparece la radical *aitz* «piedra, roca; prueba de que recibieron el nombre ántes de que se conociera el arte de trabajar los metales. Las etimologías de estas palabras corresponden perfectamente á su uso y á la forma de los ejemplares de esos primitivos instrumentos llegados hasta nosotros. *Aizto* «cuchillo» significa «piedrecita,» pues *to* en los dialectos basco-franceses, y aun en algunos españoles, es una sílaba diminutiva, sinónima de *cho*, *chu*, *ño*; así se dice *gizoncho*, *gizonchu* «hombrecito»; *amaño* «madrecita» y *neskato* «muchachilla.» El cuchillo no es otra cosa, sino la rotura fresca y viva de toda piedra de estallos (eclats) cortantes.... Los cuchillos mejor caracterizados son hojas estrechas y alargadas, ligeramente arqueadas en el sentido de la largura...»¹ *Aiztur* y *aitzur* «tijera» y «azadon» son, en realidad, la misma palabra; además del componente *aitz* presentan la radical *ur* de *urra*, *urratu* «desgarrar», y describe muy bien el acto que se ejecuta con dichos instrumentos. *Aitzkora* «el hacha», la descomponen generalmente los etimologistas de la siguiente manera: *aitz* y *kora* en vez de *gora* «arriba», ó sea «piedra arriba», aludiendo al mango; yo me encamino á creer que el segundo componente es *kur* «doblado, inclinado, curvo.» Esta interpretación, así como la otra en lo relativo al mango, está de acuerdo con los hechos. «La base ó filo de las hachas pulimentadas describe siempre un arco de círculo más ó ménos abierto.»² *Aitzkora*, si no me equivoco, significa, pues, «piedra curva.»

Estas palabras nos muestran á los antecesores de los actuales *Euskaldunas* existiendo ya en aquel remotísimo periodo histórico al que no llegan las tradiciones civiles de los pueblos; periodo vago, indeterminado, verdadera «noche cymmeriana de la historia», al que por no dejarlo innominado hemos calificado de «edad de piedra.»

Pero si nos fué dado aprovechar un instantáneo relámpago para cerciorarnos de que los Bascos son una raza primitiva, prehistórica, ya estamos nuevamente envueltos en impenetrables tinieblas.

Para unos, los Euskaros son un pueblo de origen occidental, in-

(1) Mortillet. *Le préhistorique* pág. 506.

(2) Mortillet. *Le préhistorique* pág. 542.

do-americano, que despues de escapar á la sumersion de la Atlántida, envió sus colonias desde las regiones del Oeste hácia el Oriente y habitó en épocas muy remotas el Sud-Oeste de Europa, el Norte de Africa y el Indostán.¹ Otros ven en los Bascos al antecesor comun de ários y semitas, nacidos en lugar indeterminado del Asia, probablemente en la meseta caucásica, desde donde comenzaron su ignorada y anhomérica Odissea, ocupando las regiones polares entre el rio Obi y el lago Baical, encaminándose despues hácia el Sur de Asia entre el mar de Aral y las montañas de la China; más tarde fueron acorralados nuevamente en el Cáucaso, constituyendo la Iberia oriental, cuna de los actuales Georgianos; quince siglos ántes de la éra vulgar, segun Varron, los Iberos abandonaron su pátria, atravesaron el Cáucaso, y costeano el mar Negro, llegaron, por tierra, al Norte de Africa, desde donde se desparramaron por Italia, Córcega, Cerdeña, Sicilia, las Baleares, la Provenza francesa y España. Segun tradicion americana, recogida por Mr. de Humboldt, hubo en la América del Sur una inmigracion de hombres blancos; éstos probablemente eran Bascongados. Hoy los Pirineos únicamente guardan la independenciam y el idioma maravilloso de este singularísimo pueblo.²

El Padre Fita, príncipe de los anticuarios españoles, con más pulso y sazón de juicio reprodujo la noble y plausible hipótesis de la oriundez ariánica de los Euskaros. Desde las orillas meridionales del Caspio y desde las riberas del Kur y del Araxes los Bascos, ántes que los Celtas y Pelasgos, lanzan sus colonias sobre las ondas del Mar Negro. La emigracion continúa empujando intermitentemente sus oleadas, y la raza euskara ocupa parte de ambas orillas del Medite-

(1) Chao, *Histoire primitive des euskariens-basques*, pág. 160 y sigs.

(2) Bandrimont *Histoire des basques* pág. 156 y sigs.

Este distinguido profesor de la Facultad de ciencias de Burdeos, trazó con firme y correctísimo dibujo, el método que podía conducir al esclarecimiento de los orígenes bascos, pero la parte práctica paréceme débil: y es que para llenar cumplidamente el programa expuesto, se requiere un conocimiento profundo, no sólo del bascuence, sino de la mayor parte de las lenguas europeo-asiáticas y de la historia de las naciones que las hablan, el cual conocimiento, únicamente la inteligencia enciclopédica y fenomenal de un Leibnitz, de un Santo Tomas de Aquino ó de un Aristóteles pudiera abarcarlo. Un ejemplo servirá para demostrar lo que digo: de *bu* «padre» ó «poseedor» en lengua árabe y de *ruack* «espíritu» en Hebreo, los bascos, segun Mr. de Bandrimont, formaron *burua* «cabeza,» ó lo que es igual «padre» ó «poseedor del espíritu.» Id. página 159. Aparte de lo raro que es formar palabras con componentes de diversas lenguas, resulta que segun la sintáxis euskara *burua* (y qué sucede con la *c* y *k*?) no significarian «padre del espíritu,» sino «espíritu del padre.»

rráneo y la Italia y la Península ibérica.¹ El distinguido académico D. Eduardo Saavedra resumió en estos términos la concepcion del insigne jesuita: «La nobilísima estirpe arya, en quien despues del sanscrito y el zendovino á reconocerse el origen de las lenguas gregolatinas y germánicas, luego el de las esclavónicas, y por fin el de las célticas, acaba de admitir al vascuence como uno de los modos de hablar primeramente desprendidos del seno de su antiquísima madre, cuando la flexion comenzaba á modelarse, nada más, sobre las formas aglutinativas anteriores. Con sólo esto, los euskaldunas se quedan á la cabeza de las grandes emigraciones europeas de raza arya, primeros en tocar el extremo Occidente y muy de cerca seguidos por las oleadas de la gente céltica.»²

Otros autores han buscado la filiacion euskara por bien distintos caminos. El que ménos se separa de los ya recorridos es el que conduce á declarar fenicios á los euskaros; tribus cuasi milagrosamente salvadas en la encarnizada lucha que Aryas y Semitas sostuvieron al encontrarse cara á cara en los continentes europeo y asiático. Apretados por el inmenso imperio Babilónico, los fenicios dieron libre expansion á su génio comercial y aventurero recorriendo los mares; en alguna de sus correrías cruzaron el estrecho de Gibraltar y por la costa gaditana penetraron en España, donde sobreviven sus restos en los repliegues del Pirineo.³ Mr. de Charencey imaginó una cepa basco-americana, y explicó las diferencias actuales entre Bascos y Pielles-Rojas por la gran infiltracion de sangre arya que aquellos recibieron.⁴ No han faltado sábios (Arndt y Rasck) que han atribuido estrecho parentesco á los Euskaros con los Finnesses, y como si fuesen pocos los zarandeos científicos que llevamos apuntados, despues de hacernos ser casi indo-europeos y casi judíos y casi apaches, dentro de España, por huir del iberismo, en nombre de la antropología y de otras ciencias embrionarias, pero de robusta voz; se adscribió á los Bascos á los beréberes, gente africana, núcleo de la poblacion que durante el periodo mesolítico habitó las cavernas de la Bética y Portugal.⁵ Pero arrojarnos como á pestíferos y leprosos del seno de las

(1) R. P. Pita. *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia.*

(2) Saavedra. *Discurso leído ante la R. A. de la H.* pág. 120.

(3) Garat. *Origines des Basques*, pág. 71 y siguientes.

(4) Charencey. *Des affinités de la langue basque avec les idiomes du Nouveau-Monde*, pág. 35.

(5) Tubino. *Los aborígenes ibéricos*, pág. 181.

grandes razas humanas, pareció poco y vinieron los pseudo-positivistas tocando la bárbara bocina y entraron á saco, como caterva de envidiosos ladrones, en el asilo de nuestras glorias, resueltos á no dejar piedra sobre piedra..» Por mi parte, prefiero ver en los Bascos una tribu poco numerosa, refugiada há siglos en un rincon de las montañas franco-españolas, sin civilizacion, sin historia,... ejemplar olvidado de aquellas razas incultas, último representante de aquellos séres, apénas hombres, que cazaban el reno y el oso de las cavernas; restos desconocidos de los Trogloditas de la edad de piedra, los Bascos inmóviles, inmutables y descuidados, habrán visto desfilan los Celtas, los Iberos, los Romanos, los Cartagineses tal vez, seguramente los Arabes, los Godos, los Francos, los Normandos, hasta el día en que, cediendo ellos mismos á la ley fatal del progreso que rebasa susasilos, se mezclen á la gran civilizacion latina que los arrastra en su incesante é implacable evolucion.»¹

ARTURO CAMPION.

(Continuará).

ZIZPURU BAT.

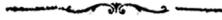
Alde guzietara begiratzean,
 Ez det ikusten mundu gozogabean,
 Ezpada pozikeza, tristetasuna,
 Negarra naigabea, samintasuna.
 Pozaren ekotegi maitagarriya,
 Onen sariya zeran Zeru goitiya,
 ¿Noiz ikusiko zaitut idikirikan?....
 ¿Noiz zugana joango naiz egaaturikan?

KARMELO ECHEGARAY-KOAK.

(1) Vinson. *Les basques et le pays basque* pág. 36.—De estas y otras manifestaciones de histerismo anti-euskaro me ocuparé más adelante, Y ojalá que en su refutacion consiga yo guardar los amistosos miramientos que como particular y como hombre instruido, de talento y laborioso me merece el señor Vinson, detractor poco mirado de mis queridos Bascos.



EL GÉNIO DE NABARRA.



Euskal-Erriaren alde.

(CONTINUACION.)

Muchos son, como vemos, los sistema ideados y las hipótesis forjadas para explicar el origen de los Bascos, enigma vivo acampado en esta Europa tan presuntuosa de su saber positivo; y en verdad, que aunque aumentásemos en un doble esta seccion, no conseguiríamos agotarlas.

Todos los orígenes son oscuros, á poco que se remonten en la escala de los tiempos; que así como no hay cumbres de montañas sin nieblas, tampoco existen historias antiguas sin sombras. Y en resumidas cuentas no debe maravillarnos tanta opinion, pues se trata de inducir mucho de poco, y esta es tarca susceptible de ensueños y desvaríos. En vano han querido algunos ahondar en la peña viva y dejar la historia, la filología, la erudicion epigráfica, la mitología, la numismática y demas ramas de la moderna cultura esprimidas y presuradas, por los caractéres físicos de la raza, por ese conjunto de observaciones materiales que constituyen la *etnografía*. Es lo cierto que el misterio de nuestros orígenes no ha recibido tampoco, ninguna luz de esta parte.

El sabio profesor sueco Anders Retzius estudió el primero, según

creo, los cráneos euskáros diciendo de ellos que eran *braquicéfalos*,¹ por lo que á los bascos clasificó en el grupo *turaniano* formado por los Lapones, Magyares, Turcos, Samoyedos, etc.

Pero el estudio de sesenta cráneos Bascos recogidos en Zarauz, hecho por el gran antropologista francés Broca dió en tierra con la opinion de Retzius. Los resultados obtenidos fueron los siguientes: los cráneos eran *sub-dolicocéfalos*, sea, largos como los de los Celtas y Germanos, pero de dolicocefalia occipital y no frontal, como los dolicocéfalos africanos.

Estos cráneos no presentaban rostro de *prognatismo* (este rasgo fisiológico que consiste en el relieve de los maxilares, se atribuye al uso desmedido de las mandíbulas, por carecer sus poseedores de otro instrumento cortante ó lacerante y es propio de razas muy incultas) y eran de tan armoniosa organizacion, que el célebre geógrafo francés Mr. Elisee Reclus² pudo decir: «Los preciosos restos de Zarauz son cráneos únicos en su género, parécense al del negro por el desarrollo occipital, pero exceden por término medio en capacidad al del Aryo y son de una belleza excepcional en cuanto á la forma anterior de la cara.»

El Dr. Argelliés midió en vivo el índice cefálico de cuarenta y siete bascos de San Juan de Luz, y clasificó sus cráneos entre los *sub-braquicéfalos*; el famoso médico aleman Virchow, tan célebre por sus estudios de patología celular, midió siete cráneos recogidos en Billaro (Bizcaya) y los halló *dolicocéfalos*.

Mi distinguido amigo el modesto, sábio y elocuentísimo Doctor Landa, que así sondea las miserias de la materia, como diserta sobre el derecho de la guerra ó imagina peregrinas leyendas y señala la intercesion luminosa de la Religión y de la Ciencia, vino á cerrar, á mi modo de ver, definitivamente, el campo de la controversia, confirmando casi completamente las opiniones de Broca. El Dr. Landa midió los índices cefálicos de 63 individuos de la montaña de Nabarra, de apellidos bascongados todos ellos, y obtuvo los siguientes resultados:

(1) *Braquicéfalos* designa á las cabezas anchas y cortas: *dolicocéfalos*, á las largas y estrechas. Segun los fundadores de estas observaciones. ambas especies de cráneos constituyen dos tipos fundamentales de la raza humana. Las teorías más admitidas sostienen que los habitantes primitivos de Europa. los pretendidos *autoctonos* (es decir, los antearyos) eran *braquicéfalos*.

(2) *Les basques*. Revue des Deux Mondes. Marzo de 1867.

Dolicocéfalos	22	individuos.
Sub-dolicocéfalos. . . .	21	id.
Mesaticéfalos	12	id.
Sub-braquicéfalos. . . .	6	id.
Braquicefalos	2	id.

63

El término medio del índice cefálico medido fué el de 76, 32, casi igual, aunque más dolicocefalo, al de 77, 62 que Mr. Broca asignó á los Bascos españoles.¹

Yo no tengo calidad para fallar este pleito, pero estimo que los datos cránicos carecerán, sin duda, de verdadera significacion étnica á no ser que la variedad observada dentro de la raza euskara, sea producida por la ley de atavismo de regresion, al tipo de los primitivos progenitores.

No estos rasgos, de apreciacion meramente científica, sino otros que el vulgo observa y compara, están entregados á las disputas de los sábios, Véase, en corroboracion de mi aserto, la descripcion de las mujeres bascongadas hecha por el insigne naturalista Quatrefages y las discrepancias de otros observadores. «Su figura,—dice Mr. de Quatrefages refiriéndose á las mujeres de la raza euskara—es, á la vez, regular y animada; sus grandes ojos llenos de expresion, su boca entreabierta casi siempre por una sonrisa amenudo chancera, llama repentinamente la atencion. Casi todas tienen las espaldas y el cuello notables por la pureza de sus líneas, y ese rasgo de belleza, tan escaso frecuentemente, comunica á la más humilde aldeana algo de gracioso y noble que envidiaría más de una duques». Pero si Mr. de Quatrefages vió *ovaladas* las caras de los Bascongados, Mr. Cenac Moncaut las vió redondas y de barba cuadrada; el color *pálido* de ellas, tornólo Mr. Girault de Saint-Fargeau en encendido y colorado; la nariz recta, en *abultada*, Mr. Moreau de Jonnes en afilada y el coronel Napier en *aguileña*; su estatura *regular*, fué *baja* y *maciza* para Mr; Broca y para el militar inglés, *alta*.² Y sería el cuento de nunca acabar.

(1) Véanse los curiosos y meditados artículos que acerca de la *Cránia Euskara* publicó el Dr. Landa en el primer tomo de la *Revista Euskara* páginas 49 y siguientes y 81 y siguientes de las cuales hemos tomado los datos que figuran en el texto:

(2) Garat. *Origines des basques*, págs. 15 y 16.

No quiero investigar hasta que punto se salvaría la unidad típica de ninguna raza humana, si alguien se entretuviese en reunir los rasgos amontonados por observadores más ó menos superficiales ó profundos. ¹ Dóilas todas por ciertas y seguras y aplicables á grupos menores ó mayores de bascos. Pero mientras viene la prueba de que la misma raza no puede experimentar con el trascurso del tiempo y las influencias externas, mudanzas en su aspecto físico, rechazaré la induccion que de la variedad en la estatura y sobre todo, en la color de ojos y cabellos, pretende sacar Mr. Vinson en contra de la pureza de la raza euskara. ²

Si «el nexo aryo semítico» que algunos sábios creyeron rastrear al constituir el grupo *touranniano* (grupo que bien puede hallarse inexactamente constituido, sin que por ello sea falsa la idea principal) es algo más que un sueño ó un *desideratum*, por ese camino se hallará, de fijo, la filiacion de la raza euskara. Es decir, que los Bascos serán, como opinó el Padre Fita, la primera rama desgajada del trono aryo, la vanguardia de las grandes inmigraciones asiáticas á tierra europea, puesta en camino ántes que á la tribu-madre le correspondiese el nombre de arya, allá cuando en el lenguaje comun alboreaba, y nada más que alboreaba, la evolucion que habia de subirlo de aglutinante á flexional. Así hallarian explicacion plausible ciertas semejanzas ó analogías que algunos han creído notar entre el bascuence y otros idiomas de grupos lingüísticos tan apartados como el aryo y semítico.

Tal es el parecer, en otros términos expresado, del famoso Haeckel, quien colocó en el pináculo de la humanidad á la especie mediterránea, factor el más activo de la historia universal, tipo humano que subyuga y vence á todos los demas en la lucha por la existencia. Esta especie admite variedad de caractéres físicos; así por ejemplo el color claro de la piel recorre todos los matices que hay desde la blancura deslumbradora, hasta el moreno cetrino. El cráneo, muy desarrollado

(1) Visitaba Madrid un viajero inglés en época en que era frecuente amotajar á los difuntos con hábitos, y despues de contemplar varios cadáveres, apuntó en sus *Recuerdos de Viaje*: «En España solo se mueren las monjas. los frailes».—Así son muchas de las observaciones de los viajeros, y las teorías que trabajosamente, con un esfuerzo improbo, elevan algunos sobre dichas narraciones, como acontece con la *Sociología* del insigne filósofo inglés Herbert Spencer, vendrán á tierra, cuando depure la critica sus fundamentos. Lo primero que necesita un hecho para ser *positivo* es, sér *positivo*.

(2) Vinson. *Les basques et le pays basque*, pág. 75.—Entiéndase que hablo de la raza y no de todos sus individuos.

en anchura, afecta, generalmente, la forma mesaticefálica, aunque también hay bastantes dolicocefalos y braquicefalos. Las lenguas habladas por las razas mediterráneas no pueden reducirse á un lenguaje primitivo comun: es preciso reconocer, á lo ménos, cuadro idiomas primitivos. Por lo tanto, debemos de admitir, como minimum, cuatro razas mediterráneas distintas, aunque *confundidas en su origen*. Dos de esas razas, los Bascos y los Caucásicos; están hoy representadas por débiles vestigios. Las lenguas habladas por ellas son absolutamente originales. ¹ Las otras dos grandes razas mediterráneas son los Semitas y los Indo-Germánicos.

Los Bascos debieron de invadir la Península Española por el Sur; acaso ocuparon el Norte de Africa y seguramente con el nombre de Iberos y Aquitanos, toda España y el sud-oeste de Francia.

Y de rechazarse este punto de vista hay que ver en los Euskaros una raza absolutamente aislada, sin parentesco ni afinidades con ninguna otra; borrosa reliquia de un mundo destruido y sellada con siete sellos, raza que, de todas maneras, está formada de granito, por lo dura, y de acero, por lo flexible. Posee la energía suficiente para disputar palmo á palmo el terreno á la invasion de los extraños, y en último resultado, se trasforma, pero no muere. ¡Maravilla mayor es imposible hallarla! Ser antiquísima y permanecer jóven es privilegio que ni los dioses griegos alcanzaron! Y es que los mejores reconfortantes del cuerpo y del espíritu son los dos supremos bienes del Basco, la montaña y la libertad.

Ahora tócanos ver cómo los Euskaros son los Iberos.

ARTURO CAMPION.

(Continuará).



(1) Haeckel. *Histoire de la Creation* págs. 609 y 610.



EL GÉNIO DE NABARRA.



Euskal-Erriaren alde.

(CONTINUACIÓN)

La opinion de que Bascos é Iberos eran todos unos, nunca debió de vivir del todo huérfana de mantenedores en España, á juzgar por que yá en el siglo XVI la vemos corriendo en escritos. Más tarde, el jesuita Mariana, poco entusiasta de los Euskaros, resumia en los siguientes términos, el criterio de su época, heredado, sin duda, de otras épocas anteriores: «*Soli Cantabri linguam hactenus retinerunt... tolius olim Hispaniæ communem, et antiquissimant, priusquam eam provinciam Romanorum arma, sermoque penetrassent... atque, cum antiquâ libertate veteranum gentis atque communem provinciæ sermonem conservatum fuisse fide non caret.*» Que suena en romance: «Solo los Cántabros han conservado hasta nuestros días la antigua y comun lengua de toda la España, ántes que en este reino hubiesen penetrado las armas y el habla de los Romanos, y es de creer que con la primitiva libertad se mantuvo tambien el antiguo lenguaje, que era comun á la raza y nación.

Pero esta opinion apareció en los historiadores como de pasada, sin que ninguno de ellos la hiciese objeto de un trabajo especial y profundo hasta el siglo XVIII. Entónces Hervas en su *Catálogo de las lenguas conocidas*, y Larramendi en el prólogo de su *Diccionario trilingüe* la abordaron por el único lado que puede rendir productos posi-

tivos, por el lado de la lingüística, siguiéndoles con brío D. Pedro de Astarloa en su *Apología de la lengua vascongada* y D. Juan Bautista de Erro y Aspiroz en su *Alfabeto de la lengua primitiva de España* y en su *Mundo primitivo*. Desde esta época, bascos y castellanos, nacionales y extranjeros se apasionan por este asunto, y surge «la cuestión del iberismo», en torno de la cual se riñen más batallas que bajo los muros de Troya.

He indicado que Hervás y Larramendi abrieron el camino que puede conducir al esclarecimiento del problema, y así lo estimo, pues los nombres españoles antiguos (ya sean geográficos, ya mitológicos, ya propios) son los únicos datos auténticos que con mayor ó menor alteración han llegado hasta nosotros. Los textos de los historiadores y geógrafos latinos y griegos son muy poco concluyentes; todos ellos están sirviendo hace años para sostener el pró y el contra de la cuestión, y más vale dejarlos quietecitos en la sección de curiosidades bibliográficas. ¹

El insigne Guillermo de Humboldt tomó de manos de Astarloa y Erro la hipótesis euskaro-ibérica y con su mayor hábito de esta clase de estudios y más penetrante é ilustrado espíritu crítico, purgóla de los excesos con que el entusiasmo patrio llegára á hacerla sospechosa y la dió carta de naturaleza en la ciencia europea.

Despues de hacer constar con el testimonio mismo de Plinio, Es-

(1) Por regla general. las extranjeros a un país no merecen entero crédito en las cosas tocantes al mismo, á no ser que se dediquen con mucha constancia a su estudio; para una obsevacion buena que en ellos se encuentre, se ven tres falsas ó incompletas. Yo podria presentar una larga lista de errores de bulto en que han incurrido recientemente escritores. no sólo extranjeros, sino españoles, hablando de Nabarra. pero me limitaré a citar uno. El malogrado Louis Lande era un escritor de mucho talento: vino encargado, á raiz de terminada la guerra, por la importantísima *Revue des Deux-Mondes*, de estudiar el país basco-nabarro y la cuestión foral: hizolo así, con notable celo. y poniéndose en relacion con personas importantes de estas provincias, demostró á éstas gran cariño. y defendio su derecho paladinamente. Pues no obstante las inmejorables condiciones en que se hallaba Mr. Louis Lande para estudiar exactamente nuestras cosas, al hablar de los nabarros, despues de un cumplido elogio de sus cualidades, se dolio de su falta de disposición artistica, diciendo que no han dado ni un poeta, ni un pintor, «ni un músico.» ¡Y Nabarra es la patria de Eslaba, de Arrieta, de Gaztambide, de Iñiguez, de Zabalza, de Sarasate, de Gayarre, y de otros! Qué recelo, pues, no nos han de inspirar los escritos de los historiadores clásicos que lo miraban todo bajo el prisma del más mezquino desprecio al extranjero, que carecian de principios criticos, que hablaban muy amenudo de oidas y de un país cerrado, en gran parte, a las comunicaciones y habitado por numerosas tribus, cuyos idiomas desconocian por completo?

trabón y Mela, que en la enumeracion de los nombres hispánicos faltaban los más típicos y característicos y que los recogidos habian sufrido la deformación necesaria para adaptarse á las desinencias latinas. Humboldt pasa revista á los nombres geográficos antiguos, y apoyándose en argumentos lingüísticos, levanta las siguientes conclusiones: Que los Bascos actuales son descendientes de los Iberos; que el idioma bascongado estuvo esparcido por toda la Península hispánica; que los Iberos formaban un gran pueblo que hablada una sola lengua; que además de la Península española poseyeron una parte de la costa sur de la Gália, la Aquitánia propiamente dicha y las tres grandes islas del Mediterráneo, Córcega, Cerdeña y Sicilia, y que acaso ocuparon tambien, con el carácter de *autóctonos*, Italia. ¹

Ni la reputacion europea del autor, ni la abundancia de las pruebas acumuladas, ni la sólida disposicion de ellas salvaron á la teoría ibérica de aguantar los asaltos de una multitud de sábios, más ó menos sábios, que pretendieron ganar fama arruinando la obra de Humboldt. No se trataba de enmendar, suplir ó corregir: sino de arrancar hasta los cimientos; para unos, eso de la raza iberica no pasaba de ser «un gran error etnográfico»; ²otros afirmaban que Humboldt no era tan fuerte en bascuence como se suponía.³

El Sr. Tubino ha resumido los argumentos filológicos que en contra del iberismo de Humboldt produjeron «los lingüistas y antropólogos eminentes que penetraron por la brecha que abrió Zobel de Zangronis. Si el iberismo no recibe la descarga de otras más mortíferas armas, luengo tiempo le espera de vida. Oigamos lo que el señor Tubino aprendió de los anti-iberistas y repliquémosles sin apretar demasiado al seso, que no es preciso.

Humboldt, en el nombre de ciudad *Irippa*, vió la radical euskara *iri* «ciudad». El Dr. Charnock la descompone en *ir*, palabra fenicia que significa «poblacion», e *ippo*, vocablo de la misma lengua que

(1) Vide *Recherches sur les habitans primitifs de l' Espagne*, desde la página 107 á la 155.

(2) Lemiere. 2.º *Etude sur les Celtes et les Gaulois*, páginas 42, 43.—Citado por el P. Fita en su *Discurso* leído ante la R. A. de la H.

(3) Entre ellos el Sr. Tubino, para quien el sistema de Humboldt está á la altura de la «celtomanía.»—Véase «*Los Aborígenes ibéricos*,» páginas 149 y 153. Mr. Van Eys opina tambien, como el Sr. Tubino, que Humboldt no poseía «la suficiente instruccion» en los ocho dialectos del euskara. Y el Sr. Van Eys, ¿la posee mayor?

equivale á «bello, hermoso»; *Irippu* quiere decir «ciudad hermosa». ¹

Efectivamente, *iri* en guipuzcoano, *uri* en bizcaino, *hiri* en la-bortano y bajo-nabarro significan «ciudad, pueblo,» é *iri* en los dos últimos dialectos «lugar, sitio». De aquí *Iruña*, *Irun*, *Iriondo*, *Iriarte*, *Uriarte*, *Iriberrí*, *Iribas*, *Irisarri*, *Iribarren*, *Iriberrí*, *Irizar*, *Irigoyen*, *Irimo*, *Irigaray* y otros nombres bascongados á cientos. Los Ibero-Euskaros fueron los primitivos habitantes de la España, segun la doctrina de Humboldt; los fenicios encontraran, por lo tanto, una toponimia euskara, la cual pudieron muy bien modificar, ó trasformar, produciendo esas denominaciones mixtas, tan comunes en los países habitados por diversas razas. La explicacion del Dr. Charnock podrá ser cierra, pero lo que dice ¿demuestra que *iri* en *Irippu* no sea una raíz euskara?²

Humboldt explicó por el bascuence los numerosos nombres geográficos que derivan de *asta*, que dijo ser una forma de *acha*, *aitza* «roca», producida mediante un cambio conforme á las leyes del len-

(1) Advierto al que no lo sepa. que la lengua fenicia y el *púnico* ó fenicio de África, nos son conocidas por una série de inscripciones y monedas, algunos fragmentos de la Historia de Sanchoniaton traducidos al Griego. algunas cuantas palabras citadas por los escritores clásicos y diez versos que Plauto puso en boca de uno de los personajes de su comedia *Pœnulus*. Por aqui se puede colegir la confianza que deben inspirarnos las etimologías sacadas de una lengua tan *conocida*. Sin embargo. encuentran mucho partido entre los escépticos del iberismo. No me extraña; ya hace tiempo que conozco la coexistencia del más refinado escepticismo y de la credulidad más rústica.

(2) Si se penetrara en el terreno de las hipótesis, no sería difícil, ni mucho ménos, reducir al bascuence la terminacion *po*, ya que á *ippo* no le encontraba Humboldt etimología plausible en esa lengua. *Pe* ó *be* significa «bajo». Las vocales en euskara permutan con mucha frecuencia, y la permutacion de *e* en *o* cuenta bastantes casos. En *Cambo*, pueblo de Francia, hallamos la terminación *bo*, así como en *Gamboa* de Alaba, *bo* seguida del artículo *a*. La palabra labortana *aztapo* «estorbo, tropiezo», de *aztal* «pierna» en guipuzcoano, «pantorrilla» en labortano y «talon» en bajo-nabarro, y por estension «pié» en *aztalberrí* y otros compuestos, nos ofrece nuevo ejemplo de *po* en vez de *pe*, pues la etimología de *aztapo*, verdaderamente descriptiva de lo que es un tropiezo (lo que se halla debajo del pié ó pierna), no permite poner en duda su significado.

No acaban ahí las alteraciones de *pe*; entre Pamplona y Urroz hay un pueblecito que se llama *Azpa*. homónimo del bizcaino *Axpe* y significan ambos «bajo la pena». La dificultad ortográfica de *ppo* en vez de *po*, hay que dejarla á un lado por insoluble: tanto cabe sea *ppo* una mala trascripción de *po*, como una trascripción excelente de un vocablo desconocido. Si recordamos el *gucón gnavar*; *houra*, *ourhiart*, *arencat*, *vr* etc. que andan corriendo en libros y manuscritos, no habrán de maravillarnos dos *p* en lugar de una. Conste que lo dicho no significa que patrocine yo la oriundez euskara de *ippo*, *ppo* ó *po*; dudo y me reservo mi opinion; mi designio es demostrar que las objeciones anti-ibéricas no apuran tanto como se cacarea.

guaje. Mr. Van Eys afirma que nunca *acha*, *aitza* se han convertido en *asta*, puesto que *ach* bizcaino es *aitz* guipuzcoano y *haich* labortaino, pero sin hallarse en ninguna parte *ast*. Todo esto lleva, como era de esperar, por contera, la insinuación de que *ast* será una palabra fenicia.

Pero es el caso, que aunque Mr. Van Eys llegara á tener razon, no dejaría tampoco de tenerla Humboldt en lo principal; pues si *asta* no es una forma de *ach*, *aitz*, *asta* es una raiz euskara.

La trascripción de ciertos sonidos es de lo más vário é irregular: *s*, *z* y *ch* por un lado, y *ts*, *tz* por otro cambian entre si y de grupo á grupo, á gusto del escritor y del dialecto. Encontrarnos *nas* y *naz* «yo soy»; *gizon* y *gison* «hombre»; *pacharan* (en Pamplona) y *basaran* «ciruela salvaje; *adiskide* y *adichkide* «amigo»; *otso* y *ocho* «lobo»; *anits* y *anitz* «muy, mucho» etc. La variante *s-z* carece, en absoluto, de importancia. Los nombres euskaros en composición proceden de tál suerte que, amenudo, de uno de los componentes queda una sola letra, desapareciendo las demas por elisión y trasformación. *Ipetea* (puente cercano á Burguete y que tiene la forma de un pozo), de *iturri+betea*; *okiñ* « panadero», de *ogi+egiñ*; *otazal* «corteza de pan», de *ogi+azal* con permutacion conocida de *g* en *t* etc. No es, pues, de extrañar la desaparicion de *i* en composicion, muy frecuente, asimismo, en las palabras sencillas; *aitz* contraido en *az* y *as* es abundantísimo en los nombres bascongados: *askorbe*, de *aitz+korri+be* «debajo de la peña encarnada»; *azkibel* de *aitz+gibel* «detrás de la peña»; *azpuru*, de *aitz+buru* «cabeza (ó punta) de la peña»; *Azpa*, de *Aitz+pe* «debajo de la peña» etc. etc. Y la resolucion de la sibilante *ts* en el grupo *st*? La encontramos en el bascuence actual, que posee en algunos de sus dialectos, el alto-nabarro septentrional, por ejemplo, la palabra *aisturrak* «las tijeras» formada de *aitz* «peña, piedra» y *urra*, *urratu* «desgarrar.»¹

El error de Humboldt, en mi concepto, estriba en haber particularizado las etimologías. El camino mejor es comparar la toponimia antigua con la moderna, demostrando que en su fisonomía y composición son idénticas; que los principios fonéticos á que se ajusta la una, valen para la otra; despues se descomponen los nombres, sepa-

(1) Segun Humboldt entre Durango y Bilbao existian ferrerías llamadas *Astapa*, con situacion adecuada al nombre.

rando cuidadosamente las raíces y las terminaciones, y se hace ver su semejanza en las modernas, explicando sus divergencias, ó eliminándolas, con sujeción á las leyes fonéticas. Otra cosa es expuesta á muchos errores; ciertas etimologías las explica el terreno, otras la historia. ¡Cuántos pueblos del país euskaro no han encontrado todavía la etimología plausible de sus nombres, á pesar de que las estudiamos con el auxilio de uno y de otra!

El deseo de puntualizar la etimología, en vez de relacionarla á las raíces y composición conocidas, arrostra á confundir lo que es distinto. Así Humboldt halla la forma *ast* en *astun* «peso», que de ser exacta su derivación de *aitz*—derivación probable, porque las palabras suben del sentido concreto y material al abstracto y espiritual—se descompone en *aitz+dun* «que tiene peña», y en Astigarraga que significa «arboleda de tilos»

Hay otra palabra bascongada, que sin ninguna violencia explica las etimologías propuestas; es la palabra *asta* que significa «silvestre, agreste, rudo.» Es muy usada en composición; *astamadari* «peral silvestre», *astamats* «uva silvestre», *astarán* «ciruela silvestre», *astaza* «berza silvestre», *astauraza* «cerraña» (yerba medicinal). Esa palabra se encuentra, entre otros, en el nombre de la localidad alabesa Astobiza, que se descompone en *asta+obi+za* «abundancia de cuevas agrestes.»

La filiación euskara de *ast*, ya provenga de *aitz* «peña», ó de *asti* «tilo», ó de *asta* «agreste», ó de *aritz* «roble» (con permutación de *r* en *s*, ó contracción) no queda destruida con las objeciones de Mr. Van Eys, más aparatosas que sólidas, y se la encuentra en los nombres puramente euskaros *Aztarain*, *Astigarraga*, *Astobiza*, *Astigarribia*, *Astiz*, *Aztegieta*, *Astigarreta*, *Azterrica*, *Aztola*, *Asteasu*, *Asteiza*, *Astolabeitia*, *Astragiz*, *Astrain* y otros, en los que se me figura nada tiene que ver el *ast* fenicio.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará).





EL GÉNIO DE NABARRA.



Euskal-Erriaren alde.

(CONTINUACIÓN)

La palabra del bascuence guipuzcoano *uria* «ciudad, pueblo» y segun el precioso diccionario manuscrito de Silvain Pouvreau «lugar, región», (en dialecto bizcaino *iria*), supuesta la frecuente permutación de *r* en *l*, le sugiere á Humboldt, continuador de Astarloa en ésta y otras materias etimológicas, el pensamiento de derivar del euskara un gran número de nombres de ciudades antiguas cuyos nombres conocemos por citas de los autores clásicos, por medallas y por inscripciones. ¹ Pero el Sr. Tubino nos asegura que «todo este aparato se derrumba sabiéndose que Van Eys ha demostrado que jamás la euskara *iria* se ha convertido en *ili*, no habiendo ejemplo de esa arbitraria permutación de la *r* en *l*» ²

Como no conozco el texto de Mr. Van Eys más que por la referencia del distinguido antropólogo español, ignoro si en aquella ocasión el euskarólogo holandés negó en absoluto la permutacion de *r* en *l*, ó simplemente, la coexistencia de *iri* é *ili*. Por si acaso, bueno es cerrar los dos caminos.

(1) Véase *Recherches* etc. págs. 26 y siguientes.

(2) *Los aborígenes ibéricos* pág. 156.

La permutación de *r* en *l* no es materia opinable. Los nombres tan usadisimos de *Euskaldun* y *Euskalerría* la proclaman; *Euskaldun* equivale á *Euskara+dun* «que tiene euskara» (que habla el bascuence) y *Euskalerría* á *EuskaR+erría* «tierra del Euskara» (país del bascuence). Yo reuní veinticuatro ejemplos de esta permutación, tomándolos del lenguaje comun y hubiese podido alargar la lista indefinidamente.¹ El mismo Mr. Van Eys, en su *Dictionnaire basque-français* y en su *Grammaire comparée* admite la existencia de dicha permutación. Así es que no sé si estoy delante de una opinión rectificada de Mr. Van Eys ó de una mala inteligencia del Sr. Tubino.

Si la negativa recae sobre la existencia de una forma *ili*, *uli* paralela á *iri*, *uri*, tampoco tienen escape los anti-iberistas. En efecto; me parece muy difícil no ver la palabra *ili* con el significado de «pueblo» ó «región», en los nombres de las aldeas nabarras *Iloz*, *Ilurdoz*, *Mendilibarri*, *Mongilibarri*, *Amillano*, *Zilbeti*, *Ziligueta*, *Egilloz*, *Uli*, *Ulibarri*, que pueden descomponerse en *Ili+oz* «pueblo frio», *Ili+ur + di+oz* «pueblo de muchas aguas frias», *Mendi+ili+barri* «pueblo nuevo del monten, *Mong+ili+barri* «pueblo nuevo de... las Monjas (?); (ésta raíz se encuentra tambien en Mongelos pueblo de la actual Navarra francesa, que en bascuence creo se denomina *Mongyelos*): *Am (ets)+ill+ano* «porción del pueblo de las cajigas»; *Z (contracción de eze+ili+bete* «pueblo lleno de humedad», *Z+illi+geta* (en vez de *keta*) «muchas regiones ó sitios de lo húmedo»; *Egi+illi+oz* «pueblo frio de la ladera del monte»; *uli* «pueblo», *uli+barri* «pueblo nuevo». Podré no haber acertado con la traducción literal de algunos de éstos nombres; pero todos ellos están analizados de absoluta conformidad á los principios fonéticos de la composición bascongada y á las reglas de la sintáxis. Si alguna duda nos cupiera, nos la levantarían los homónimos con permutación de algunos de éstos nombres que hoy conocemos: así al *Ulibarri* del valle de Lana de Navarra, corresponde el *Ulibarri-Gamboa* de la provincia hermana Alaba; al *Uli* del valle de Arce, el *Uri-zar* «pueblo viejo», alabés; al *Iloz* del valle de Arriasgoiti, el *Iroz* del valle de Esteribar.

El euskarismo de los nombres ibéricos con *ura* ha sido blanco de objeciones de la misma laya: «para infortunio de los vascomaniacos—dice el Sr. Tubino—jamás *ura* se ha trocado en *ula*, segun Van

(1) Véase mi *Ensayo acerca de las leyes fonéticas*, pág. 49.

Eys tiene demostrado con asentimiento de los más ilustres bascófilos.»¹

En primer lugar yó no veo que bajo la rúbrica de «nombres de lugares que derivan de *ura*», Humboldt haya citado más nombre que *Ulla* ó *Ula*; pues los demás que presentan algun rastro de esta palabra, los arrima á la sección destinada á los «compuestos con *ilia*»; así es que la conducta pecaminosa de Humbolt es tan restringida, que ya casi no es conducta pecaminosa. En segundo lugar, sentada la permutación de *r* en *l*, ninguna razon colijo para que la *l* del vocablo guipuzcoano *estali* «cubrir» se trueque en *r* en el vocablo labortano *estari*, y la *r* de *ura* no pueda ser *l* jamás. La *r* de *ura* no es inviolable; por el Príncipe Bonaparte sabemos que en Echarrri-Aranaz, Arbizu, Lizarrabengoa y Lizarraga suena en *ura* con sonido semejante al de la *z* suave italiana.² Y si sufre trasformaciones que son anormales ¿quién asegurará está libre de las normales? Además, bien cabe que *ura* nunca sea *ula* en vocablo sencillo y lo sea en vocablo compuesto.

Yo no he explorado la toponimia bascongada, así es que me guardaré muy bien hoy de hablar de la frecuencia ó rareza de esa permutación. Mas aunque sea con carácter esporádico, tengo vehementes sospechas de que en Eulate está incorporada la forma *ula*, y sin ningún género de duda la veo en *Ulozi* del valle de Arce, que se descompone y traduce como sigue: *Ul+oz+zi* «abundancia de agua fria».

Más alcance que éstos deleznable argumentos tiene algun otro debido á la agudeza de ingenio de Mr. Vinson. Despues de reconocer la existencia de formas con *l*, añade: «Pues bien, *r* y nó *l* es ciertamente primitiva; en lingüística general *l* procede de *r*; el indo-europeo prototipo no tenia *l*, sino *r*. Sin embargo, los nombres iberos tienen todos *l*. Hay que admitir, en contradicción á las leyes naturales y á los hechos ordinarios que la *r*, despues de haberse convertido generalmente en *l* en el ibero antiguo, haya vuelto á ser *r* en el bascuence de la edad media, para cambiarse nuevamente en *l* en el menor número de casos? Es inverosímil. Si se decia en todas partes *ili* y no *iri* hace veinte siglos, con mayor razon *iri* no seria general hoy.»³

(1) *Los aborígenes ibéricos*, pág. 156.

(2) *Le Verbe basque*, pág. XII, nota 2.

(3) *Bulletin de la Société des Sc. Lettr. et Arts de Bayone*, t. 1., páginas 250-251, año 1877.

Mr. Vinson ha descuidado el sentido de la palabra «primitivo» aplicada al pueblo basco. Si las formas en *l* actuales son formas corrompidas, supuesta la anterioridad de *r*, también lo fueron las formas ibéricas transmitidas hasta nosotros por los escasos documentos que nos las dieron á conocer: el periodo ibérico está muy lejos de corresponder al periodo primitivo de la raza euskara. Otras razones de buenos quilates ha aducido Mr. Luchaire: oigámosle. «No se puede sostener porque el solo pueblo nabarro de *Ulibarri de Solana* (de *Lana* habrá querido decir) sea llamado *Iriberry mayor* en el siglo XIV, que todos los *Ulibarri* y *Ulibarri* de hoy fuesen *Uribarri* hace algunos siglos. No tan solo ésta conclusión se excede de la premisa, sino que está desmentida por los hechos; *Ulibarri* de Araca (Alaba) es llamado en un documento de 1332, *Hulibarri*.¹ Finalmente, si por un fenómeno clarísimo de desamiliación *Ulibarri* se ha pronunciado en la edad-media como hoy, en vez de *Uribarri*, por que causa éste mismo fenómeno no habia de producirse en la antigüedad, tanto más (estremoso que Mr. Vinson olvida) cuanto que la forma *liberry* no nos ha sido transmitida directamente por los Iberos, sino por los geógrafos griegos y romanos, cuya eufonía repugnaba pronunciar tres *r* en la misma palabra?»²

De toda esta discusión resulta, á mi juicio, que el euskarismo de los Iberos, tal como lo formuló Humboldt, es una doctrina susceptible de rectificaciones, pero que se asienta bien en el suelo y no está al aire como lo han supuesto los distinguidos sábios que, dejándose llevar del espíritu crítico-negativo de nuestra época, la combatieron por desfundamentada y liviana.

Los Iberos ocupaban la Península hispánica, y rebasando la cadena pirenaica, se extendían también por las llanuras de Francia que bañan los ríos que desaguan en el Mediterráneo. Se encuentran nombres de origen euskaro en todos los puntos de la cordillera, á manera de picos emergentes sobre el nivel de una cruelísima inundación; y no en la montaña, sino hasta en la planicie adyacente á la región oriental de los Pirineos, más allá de Narbona, en las riberas mismas

(1) En corroboración de lo dicho por Mr. Luchaire añadiré que en la *Cuenta de Juan Mateo Farradar*, cobrador ó alfarero alavés, escrita el año 1294 se lee: *Hollivarra*, *hollivarrigamboa*, *Ollivarri de los olleros*, *Ollivarri menor*, *Ollivarri doypa*, y *hullivarri de viña*, siempre con *ll*, aunque varíe en lo demás la ortografía del vocablo de llevar *h* á no llevarla, y de iniciarse con *o* á iniciarse con *u*.

(2) Luchaire. *Etudes sur les idiomes pyrénéens*. págs. 190-191.

del Ródano; rastros, reliquias borrosas entregadas á las disputas de los hombres, estallos de la dislocación de un vasto imperio. ¹

A primera vista parece extraño que los euskaros se hayan conservado mejor en los bajos Pirineos que en los altos. Pero la configuración del país explica esta aparente anomalía. Los bajos Pirineos presentan una série de valles más ó ménos angostos, un escalonamiento de montañas que le obligan á la llanura á recular. Desde el collado de Ibañeta, por ej., hasta el pico de Serantes de las Encartaciones bizcainas, se puede andar sin salirse del monte, tocando en tierra nabarra, alabesa, guipuzcoana y bizcaina. Las mismas llanadas de Vitoria y de la Ribera de Nabarra están circundadas de sierras; á la vez, las montañas no son muy altas y pueden trasponerse con facilidad relativa. El país es accidentado para el invasor, pero deja de serlo para el invadido; cada obstáculo de aquel, es una defensa de éste. La poca altura de los picos y la trabazon de los valles que por doquier rompen la escarpada continuidad de la sierra, consienten la rapidez de las marchas y contramarchas. El guerrillero es un fantasma mortífero; los bosque lo sorben en sus sombras, los barrancos lo tragan en sus abismos. El alto Pirineo, al contrario, es una muralla en cierto modo, rígida; sube mucho, pero se ensancha poco. Allí, en el fondo de la llanada tolosana, levanta la venerable cabeza de nieve y agita su manto azul, verde y oro; la llanada aragonesa lo contempla erguido y siniestro, en su desnudez de piedra. Los ventisqueros, las hondas barrancadas, las remotas y níveas cimas inhospitalarias, se oponen á la acción de las federaciones montańesas. En aquellos valles que semejan pozos de cíclopes, no hay más remedio que morir ó vencer; el montańés está atado por la misma montaña; el movimiento lateral no cabe sino á costa de dificultades sin cuento, que igualan al perseguido y al perseguidor; por delante y por detrás, pronto se llega á las llanuras. ¡Ay de los que bajen á ellas! es el lugar de las carnicerías. No bañará el *Vignemale*, no, sus plantas, en sangre de invasores, ni se alegrará con los *irrinzis* de victoria y el ronco himno de los cuernos enloquecidos; ese júbilo lo tiene reservado el Dios de la historia, á otros más pequeños, al *Aztobizkar* que pasea su vista por un desfiladero de tres leguas, que se cansa de contar valles y de contar mon-

(1) Véanse los *Origines linguistiques de l' Aq itaine*, de Luchaire, donde está cuidadosamente tratada la toponimia pirenaica.

tes. Ese contemplará los centelleos de la corona de Carlo-Magno iluminando las montañas de la cuenta pamplonesa, y poco después un borde de capa encarnada que se esconde entre los robledales. Los altos Pirineos son los gigantes sublimes; los bajos Pirineos son los centinelas épicos.

Todo, por lo tanto, concurre á demostrar el euskarismo de los Iberos y á explicar su supervivencia en la Euskal-Erria franco-hispánica. Históricamente, sabemos que los bascos pierden terreno; unas veces por la bárbara maza de los invasores, otras por las influencias sépticas de hegemonías extrañas, los euskaros retroceden ó se transforman. El número de nombres antiguos explicables por el euskara, reducibles á sus raíces, es demasiado numeroso para que lo produzcan, coincidencias fortuitas de homofonía. Los bascos son un pueblo que hoy aparece aislado de todos los demás existentes, y que ya en el periodo histórico se muestra en decadencia; *á priori* es inadmisibile que no haya habido jamás otros bascos que los que conocemos. Los partidarios de la evolución monística tienen que relacionarlos al movimiento de la série; los que tenemos la dicha de profesar muy distintas ideas, estarnos convencidos de su entronque con las demás razas humanas. Ni ortodoxos ni heterodóxo podemos admitir la *especialidad* de la cepa euskara; la incredulidad y la fé rechazan de consuno ese *milagro*. Los bascos han tenido necesariamente congéneres; la razón nos obliga á buscárselos en los Iberos, de los cuales poseemos los vestigios de una lengua muy semejante á la euskara.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará).

NOTA: En mi artículo anterior, pág. 196, línea 2.^a, dice «*iri* en guipuzcoano, *uri* en bizcaino» debiendo decir «*iri* en bizcaino, *uri* en guipuzcoano». En la pág. 197, línea 18, dice «puente cercano» debiendo decir «fuente cercana».





EL GÉNI0 DE NABARRA.



Euskal-Erriaren alde.

(CONTINUACIÓN.)

En la comparación que de Celtas é Iberos nos han dejado los autores antiguos, ya se modela vigorosamente el carácter moral que de los Euskaros conocemos. Humboldt reunió cuidadosamente los rasgos esparcidos en los historiadores y geógrafos clásicos.¹ Despues de leerlos no hay que extrañar los hermosos frutos que ha cosechado la historia post-románica: la semilla, en aquellos bárbaros tiempos, era de las mejores que se conocen.

Los iberos preferian la castidad y la vida al honor.² Los Iberos despreciaban la muerte, pero no ligera y fútilmente como los Galos, que la sacrificaban por unas cuantas monedas ó vasos de vino.³ Segun Plutarco los Iberos hacian abnegación de su vida en obsequio á otro hombre por ellos reverenciado; cuentan que el gran Sertorio estaba rodeado de guerreros de ésta especie. Los Iberos eran más pacíficos y dulces que los Celtas; no formaban ligas con otros pueblos y no emprendian expediciones importantes fuera de sus territorios, contentándose con pequeñas *razzias* en los países enemigos.⁴ Provocados á la guerra, y en defensa de la patria, eran feroces, tena-

-
- (1) Recherches etc. pág. 127 á 139.
 - (2) Strabon III, 4, pág. 164.
 - (3) Atheneo IV, 40.
 - (4) Strabon III. 4. pág. 138.

ces, heróicos hasta dejar de ser hombres; bien lo gritará, con voz de trueno, por todos los siglos de la historia, la bascona Calahorra.¹ En la paz eran hospitalarios, como los patriarcas; en su lengua sublime, «extranjero» y «huésped» se expresan con una sola palabra: *arrotz*. Como contraste, recuérdese el *hostis* del cruel y voraz romano, que significa «extranjero» y «enemigo.»

Los Iberos eran sóbrios; Atheneo los acusa de mezquinos, porque aun en el seno de la abundancia sabian contenerse.² Las dos terceras partes del año se mantenian con pan de bellota; su bebida en un licor de cebada fermentada; usaban mucho de la manteca de leche. Dormian sobre el suelo; sus mujeres robustas y fornidas trabajaban la tierra. En la mesa misma observaban la distinción de rangos. Vestian severamente, con vestiduras de lana burda y negra; sus mujeres llevaban velos del mismo color. En plena Edad Media, los Nabarros, conservaron esa usanza de sus antepasados. Aymerie Pisand nos describe en los siguientes términos el traje de los Nabarros del siglo XII. «*Navarri paunis nigris et curtis usque ad genua, Scotorum more induuntur.*»³

Ningun rastro de cultos sangrientos y lúbricos, como los que deshonraron á muchos pueblos de la antigüedad, ha llegado hasta nosotros. Strabon⁴ dice que los Celtíberos y sus vecinos del norte celebraban con danzas en las noches de plenilunio fiestas en honor de un Dios sin nombre; nada más sabemos de su religión. Parece que no es posible limpiarlos completamente de la sospecha de haber practicado durante algun tiempo y en época más ó ménos remota, la astrolatría. El P. Bonaparte en sus estudios sobre los arrinconados é interesantísimos dialectos de Roncal, Salazar y Aezcoa, descubrió que en Roncalés «luna» se llama *goiko*. Era por lo tanto posible, que *Jaungoikoa*, nombre de «Dios» en bascuence, fuese una contracción de *Jaungoikokoa* «Señor de la luna». Mr. Vinson⁵ rechazó la contracción, diciendo que, si *goiko* significa «luna» *Jaungoikoa* debe traducirse «el Señor la luna». De todo ello dedujo que los antiguos Euskaros estaban «poco

(1) Valerio Máximo 7.

(2) Atheneo II, 21.

(3) «Los nabarros usan vestidos de paño negro hasta la rodilla, á usanza de los Escoceses.»

(4) III. 4, pág. 164.

(5) *Etudes de linguistique*, pág. 79.

civilizado y eran «poseedores de una religión muy rudimentaria y material.»

Goiko además de luna en Roncalés, significa literalmente «de arriba» en los otros dialectos. Así es que la etimología más corriente, y muy plausible, de la palabra *Jaungoikoa* «Dios», es *Jabe on-goikoa* «el buen dueño de arriba», ó *Jaun-goikoa* «el Señor de arriba». Téngase á la vista que el *ko* «de», no significa posesión, sino naturaleza, origen. El abate Darrigol no pecaba por lo tanto de exagerado cuando decía, que despues del nombre inefable que el Señor se dió á Sí mismo, en el libro del Éxodo, cap. III, ningun otro podía ser comparado al que le daban los Euskaros. En efecto, el «Señor de arriba» cuadra perfectamente á la sublime majestad del Criador del Universo.

Si realmente el *goiko* de *Jaungoikoa* es la palabra *goiko* «luna» y no el adverbio *goi* «alto», «encumbrado», más *go* sufijo local, la evolución de las ideas mitológicas nos precisa á inducir que los Euskaros comenzarian adorando la luna; que despues, gracias al progreso de la razón y del sentimiento religioso, las creencias fueron espiritualizándose, y á medida que se acercaban al monoteísmo elevado que indica el texto de Strabon, se habria espiritualizado igualmente el sentido de la palabra *Jaun-goikoa*. Si los Euskaros comenzaron adorando la luna, se explica que por una reminiscencia del primitivo culto, celebraran durante las noches de plenilunio, sus ceremonias religiosas al Dios sin nombre, frase que en lenguaje de los escritores antiguos no expresa que careciera de él, sino que ellos lo ignoraban.

Aquí hay que notar un hecho significativo por demás. *Todas, absolutamente todas las palabras del culto católico en el país bascongado, excepto el nombre de Dios, están tomadas del latín ó griego, sin que en ninguna figure raíz euskara.* No se necesita más para afirmar, que cualquiera que haya podido ser el origen histórico y etimológico de *Jaungoikoa*, al implantarse el culto católico en la Euskalerra estaba limpio de todo sabor pagano y gentilico, de toda mancha de idolatría, y representaba, por lo tanto, una idea espiritualista y monoteista análoga á la del *Jehova* hebreo, salvadas, por supuesto, todas las distancias que médian entre la revelación divina y la intuición humana. De lo contrario, la Iglesia Católica hubiese proscrito un nombre expuesto á renovar antiguas supersticiones.

Dado el carácter de los Bascos, de no estar preparados naturalmente á recibir el Cristianismo, la persecucion de los apóstoles de la

nueva religión fuera más cruel y seguida. Todo el mundo sabe que el derramamiento de sangre cristiana por causa de predicación apostólica, puede decirse que no se conoció en estas provincias: los Basco-Nabarro apenas figuran como verdugos en las santas páginas del Martirologio.

El retrato moral de los Iberos, hecho por enemigos, es de los que enorgullecen; hoy nos es dado contemplar el desarrollo que una Religión divina y una civilización rica de elementos humanos han sabido producir en aquellos incipientes rasgos del bien moral. En cambio, por ninguna parte hallo los que autoricen á ver en los Bascos á descendientes de los Trogloditas de la Edad de piedra.¹ Dónde estarán, fuera de la imaginación? El pueblo Basco que hoy es un pueblo pequeño, es un gran pueblo; se parece á las casas antiguas, que

(1) Recordemos las palabras de Mr. Vinson. «Ejemplar olvidado de aquellas razas incultas, último representante de aquellos séres apenas hombres que cazaban el zorro y el oso de las cavernas, (cuyos huesos fósiles se encuentran, según dicen, en las grutas de Sara), restos desconocidos de los Trogloditas de la Edad de piedra, los Bascos inmóviles, inmutables, etc.» Los caracteres físicos de los hombres de aquellas épocas crepusculares, según nos lo cuenta la flamante ciencia (?) prehistórica son los siguientes: estatura media, gran musculatura y potencia extraordinaria de los musculosos torácicos, deducidos del examen de los huesos, tibias platicnémicas ó sea muy aplastadas, cuello del fémur espeso y corto, maxilares prominentes, barba fugitiva, progresión creciente en los molares de adelante hácia atrás, anulación casi completa del plan existente exteriormente en la base de las ramas ascendentes fuera de los molares, unos frontales muy desarrollados, cejas en arcadas muy prominentes, formando sobre la nariz un monton peloso, de donde resulta una depresión encima de la raíz de la nariz, y un largo y ancho surco transversal entre las arcadas y la base de la frente: ésta estrecha y muy echada hácia atrás, la punta de la cabeza aplastada. así como el frontal y los parietales último detalle, carecen del apófisis genito, que representa el lenguaje articulado: los ascendientes de los poseedores de la hermosa lengua bascongada no hablaban!!! No es mi ánimo discutir aquí si las deducciones de la prehistoria no rebasan el límite de los hechos, y si realmente han existido razas *humanas* de la especie arriba citarla. Pero en cambio, tengo curiosidad de saber cuáles son los datos positivos que le autorizan á Mr. Vinson á ver en los actuales bascos, gallardos, esbeltos, que tantos tipos de admirada hermosura varonil y femenina pueden presentar, los descendientes de los Quasimodos, simianos, bestiales de las primeras épocas del cuaternario.

Acaso diga Mr. Vinson que se refiere á razas posteriores, á hombres del periodo glaciario, a verdaderos «habitantes de las cavernas», como los Trogloditas de la Cuenca del Dordoña, que presentan muy distintos rasgos físicos, civilización más avanzada, rudimentos de arte, la aurora del espíritu; pero á éstos no les cuadra la frase de «séres apenas hombres.»

Escuso poner en guardia á mis lectores contra todas éstas teorías, que se fundan en la idea de hacer á la humanidad una prolongación de la animalidad. Los que se rien de los milagros, admiten el de que un mono produzca un hombre.

aun semi-derruidas, hacen mejor figura que las lujosas viviendas de los advenedizos, que las rodean. Tiene bien abiertos los dos ojos del espíritu; el que vé las cosas como son, y el que vé las cosas como deben ser; pero el primero, al revés de lo que cree Mr. Vinson,¹ mayor que el segundo. El espíritu práctico se revela en muchas de las leyes indígenas, en la aptitud para los negocios de banca y mercantiles y el cultivo de las ciencias físico-naturales y exactas; de aquí los muchos banqueros, ingenieros y médicos basco-nabarro, distinguidos ó famosos, que se cuentan; de aquí la disposición que se nota en los hijos de este país para montar industrias ó servir en ellas.

Pero el positivismo no lo abarca todo; hay toques de azul en el cielo gris y ventanas abiertas al ideal. La tormentosa movilidad de las olas cantábricas ha penetrado, en mayor ó menor proporción, en todas las almas. El basco nace con alas; si la tierra sobre la que le gusta andar, parécele, por el influjo de las circunstancias, dura, ingrata ó vil, las desplega y vuela. Entónces le sirve el ojo de lo supra-real, que en muchos se atrofia por falta de uso. La luz celeste baña su pupila y el soldado se convierte en San Ignacio de Loyola, y el infanzon de abo-lengo guerrero, en San Francisco Javier. Ó vislumbra los resplandores de la inmortal poesía, y entona «*La Araucana*», y si es la eterna belleza quien le fascina, medita en lenguaje angélico con Fr. Diego de Estella; y si es la gloria militar, combate con Pedro Nabarro y Antonio de Oquendo; y si es la pátria, muere con Churruca; y si es la libertad foral, sube á la apoteosis del cadalso, con Morga de Sarabia; y si es el espejismo de lo maravilloso, de lo extraordinario, del peligro trágico é inmenso, vá á tiritar al reflejo de las auroras boreales en los hielos del polo, con los balleneros del Labourd y de Guipúzcoa, ó á dejar la fama del nombre euskaro como un surco de luz enroscada al mundo, con Sebastian de Elcano,

La cabeza del Basco es como la del Bretón «dura, sagaz y valiente»; se parece al pedernal; si ha de dar chispas es preciso pegar.² Flemático para resolver, desconfiado y receloso cuando se trata de sus intereses. Tardo en la defensa de sus opiniones. Tardo en la concepción de las ideas generales, á las que se adhiere como las yedras y

(1) «El cerebro de los Bascos es rebelde á las ciencias positivas». Nada más falso; si quiere, le citaré muchos nombres propios.

(2) «Son (los Guipuzcoanos) de cabeza tan sana, dura y fuerte, que apenas hay herida de muerte en ella». (Larramendi, Corografía de Guipúzcoa, pág. 154).

los musgos á los árboles y paredes. Dócil á la voz de las personas que ama ó respeta. Capaz de disimulo, pero nó de perfidia. Más pesaroso del bien del convecino, que del de los estraños.¹ Irritable y ardoroso cual pocos en la defensa de lo que siente como cierto. Dócil á la mano blanda, pero soberbio é intratable á la mano dura. Dotado de un gran instinto de la gerarquía social.² Económico pero nó avaro. De carácter apacible y tranquilo, cuando no le agravian ó urgan. Más amigo de vengarse con chanzonetas y coplas, que con crueles aceros. Difícil de ser arrastrado á fuera de las vías legales, pero tardía y costosamente reducible á ellas, despues de salir. Trabajador incansable. Sóbrio. Hormiga *industriosa* de su familia y casa. Devoto nimio. Religioso sincero. Obediente á la voz interna. Refractario á la disciplina externa, formalista, sabiamente brutal y sistemática: de aquí un bendito horror á la servidumbre militar y á la rigidez de la civilización moderna que le incitan á buscar la libertad en el desierto³ Respetuoso de la propiedad ajena. «Los frutos pueden permanecer en los campos y los ganados pasar en éstos la noche sin otra guarda que la del séptimo mandamiento de la Ley de Dios.»⁴ Hospitalario y amable, pero no bajo y rastrero; enemigo de vestir libreas y uniformes. Morigerado y cortés en su lenguaje, que contrasta con la torpeza y grosería del que usan todos los pueblos que lo rodean: gascones, santanderinos, aragoneses, riojanos y nabarros castellanizados. Grave en su apostura, pero en el fondo inclinado á la alegría, que cuando la ocasion se presenta le transforma, enloqueciéndolo. Frágil á los dos pecados de ménos adusto ceño; al que inventó Noé y al que Salomon practicaba, pero sin caer en la embriaguez deprimente, sombría, brutal, lúgrubemente visionaria de los hombres del Norte, sino en otra, más de superficie,

(1) Larramendi *Corografía de Guipúzcoa*, pág. 158.

(2). Corría el año 1870. La guerra franco-prusiana había desatado todas las utopías. Un tal Cantagrel, buhonero marsellés, en una posada de Hazparren, un día de mercado, predicaba la nivelación social, la igualdad absoluta de condiciones, delante de una porción de aldeanos bascos. Estos, en vez de aplaudir, como el populacho *ilustrado* de París y Madrid, se reían a carcajada tendida. Me lo ha contado un testigo presencial.

(3) Edgar Quinet. *L'Esprit nouveau*, pág. 109.

(4) Palabras citadas en el Informe especial para el nuevo orden de recompensas en la Exposición Universal de París de 1867. El Consejero de Lancre, el nécio y cruel verdugo del Labourd, confesaba esta verdad en los siguientes términos: «Jamás he visto condenar á ningún Basco por hurto de cosa de importancia y discurriendo por ese País no vi pedir limosna nunca más que á las estraños.»

que se espansiona en canticos, cabriolas y bailes, sin tocar las puertas del libertinaje que aja, corrompe, enferma y se sustrae á la reparacion debida, como los pueblos meridionales. Obediente y sumiso á la autoridad. Labrador que explota maravillosamente un suelo pobre á fuerza de labor dura y continuada, sin otro maestro que la tradición ni más aguda que los brazos vigorosos.¹ Que ama á la tierra como á su sangre y á la casa nativa como á su alma, de las que saca su dignidad y nobleza.² Fraternal en el trabajo, como en toda la vida civil, que le hace practicar en amplia escala la labor á trueque, la prestación personal gratuita pero recíproca, en las grandes labores que lo consienten, la siega, el corte de helechos, la recolección de las castañas, la deshoja ó *maizchoriketa*. Ágil, esbelto, andarin infatigable, de cuerpo duro al frio, al agua, á la nieve. Animoso, valiente, y entusias-

(1) »Las buenas prácticas para la alternativa de sus cosechas están tan bien entendidas, sobre todo en Guipúzcoa, trabaja aquí el hombre tanto para preparar la tierra y lo hace con tal curiosidad, que solo falta.... que respetara más el arbolado», (Rodríguez Ferrer *Los Vascongados*, pág. 31). «En el reducidísimo territorio de Vizcaya.... se obtienen anualmente, segun cálculos extraoficiales, 500.000 fanegas de trigo, 800.000 de maíz, 50.000 de legumbres, y 200.000 cántaros de vino.» (Antonio de Trueba. Bosquejo de la organización social de Vizcaya, pág. (22). D. José Colon, Corregidor de Vizcaya, decia en 1786 a S. M. C. «La agricultura en Vizcaya está en el más álto grado de perfección, sin embargo de la aspereza y debilidad de sus terrenos». «En Guipúzcoa siglos há que no descansa tierra alguna; ninguna hay que sucesivamente no dé dos frutos al año; trigo y lino, maíz y nabo; y el trigo y maíz con grandísima lozanía. Eso será debido al modo con que la disponen y cultivan. (Larramendi. Corografía de Guipúzcoa, pág. 65.) Lo dicho conviene perfectamente á gran parte de la Navarra Basca, especialmente á los valles del Bidasoa y del Baztan. Pero los valles más cercanos al Pirineo Central, y los enterrados entre las grandes sierras de Andia, Urbasa, Aralar y la divisoria de aguas explotan (con mucho ménos fruto del que debieran) las industrias pecuaria y forestal, y se dejan llevar de la funesta mania de reemplazar el cultivo del maíz por el de los cereales, que no conviene á su tierra ni á su clima.

(2) En el resto de España, el labrador, el hombre del campo reciben un nombre depresivo; aquí se les llama *tios*, más allá *paletos*, *baturros*, *payos*, *destripaterones*, etc. En la tierra euskara se ignora esa estúpida preocupación contra las clases rurales; el más humilde *bordari* es tratado y considerado como *jaun* de su casa. El consejero de Lancre decia en 1609 que los bascos eran orgullosos «porque los más pobretones de ellos se hacen llamar señores y señoras de tal ó cual casa, aunque no sea más que un parque de cerdos.» El labrador infanzón es el representante del tipo social en las siete provincias. Larramendi decia muy bien. «En los montes y sus caserías es donde están casi todos los solares y casas de nobles é hidalgos, y de ellas se hacen las pruebas de hidalguía». *Corografía de Guipúzcoa*, pág. 78). Hay que confesar que existe una gran diferencia entre la clase rural euskara y las demás de España, merced a las circunstancias históricas que aquí no han producido la animadversión al trabajo agrícola; así es que cuando les llaman á los demás labradores *baturros*, *tios*, etc., las mas de las veces les cuadra el calificativo,

ta. Amigo de socorrer pobres y desvalidos. Hospitalario verdadero «sin frases». Reservado y circunspecto en el comercio cotidiano. Hablador inagotable cuando le domina una exaltación. Orador, artista de la palabra nunca; las palabras REFLEJAN directamente el estado de su ánimo, y si algún relieve y donosura alcanzan se deben al pensamiento. De imaginación tierna y apacible, refleja en sus balbucientes poesías la vida del campo, la hermosura de los montes y de los bosques, la calma del pastoreo, las ternezas de la pasión amorosa, la nota melancólica y penetrante del ruiseñor.¹ Alguna vez toca en mas altas cimas y llora la ruina de la patria ó anuncia el alborear de la esperanza, ó canta las glorias del sol, ó adora la libertad foral. Pero sin que jamás deje de haber en la luctuosa elegía una reverberación del idilio, ó en la solemnidad del himno un fresco ambiente bucólico, unas gotas del rocío de la montaña, un eco de los murmullos de las fuentes y de los redobles del tamboril.² Poeta sí, pero sobre todo músico de raza, de temperamento, en las fiestas, en el taller, en el campo, en la niñez, en la edad madura, en todas partes, siempre, con los besos del génio sobre la frente. Tal es el Basco.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará).



(1) Véanse las poesías: «Andregeya», de Edmond Guibert, «Conchesiri», de Iztueta, «Chori erresinula» (anónima), «Izazu nitzaz kupira», de Vilinch, «Nere echea», de Elizamburu, «Choriñua kaiolan» (anónima), «Artzaingoa», de Joanes Bergés, «Aingeru bati», de Elizamburu, «Gorbeyako artzain baten kantak», de Arrese.

(2) Véanse las poesías: «Illtzen bazaigu ama euskera», de Arzác, «Arbolari oroipena», «Elkar gaitezen denok», de Otaegui, «Euskalduna», de Elizamburu (?), «Arbola bat», «Neguko gau izugarri bat», «Goiz eder zoragarri bat», «Eguzkiari», de Arrese, «Erronkal», de Carmelo de Echeagaray.



EL GÉNI0 DE NABARRA.



Euskal-Erriaren alde.

(CONTINUACIÓN.)

Como acontece de ordinario, muchas de las cualidades físicas y morales de la raza se muestran con más levantado relieve en las mujeres. Las bascongadas son limpias, hacendosas, vivas, alegres, aunque de cara y gesta grave, cantarinas, de movimientos libres y desembarazados, de lenguas espeditas en cuestiones y riñas, de andar resuelto y gallardo, de cabeza erguida, á pesar del mucho peso con que la cargan y oprimen sin que deban «envidiar en gentileza á aquellas bellisimas mujeres de Cária, que por llevar con gracia cargas en la cabeza, dieron idea y nombre á las cariátides de la escultura griega»¹ «de pecho sano que les permite bajar y subir á sus caserías y montes con el mismo aire y vigor que si no hubiera cuesta»² «de formas desarrolladas»³ aficionadas al bien vestir en los días de fiesta, a los trajes claros, ceñidos y ligeros, y no á esas burdas bayetas amarillas ó pardas, que disimulan las manchas, ni á esa superposición de refajos, disfrazadora de cuerpos escuetos y angulosos, ni á esas cabezas y cuellos envueltos en sayas levantadas en forma de capucha,

(1) El Marqués de Valmar.

(2) Larramendi. *Corografía de Guipúzcoa*, pág. 155.

(3) El Marqués de Valmar.

de las castellanas. De ningun remilgo para el trabajo, ya sea doméstico, ya agrícola, que así mismo remiendan las ropas y aderezan la comida y venden en el mercado los productos vegetales y animales de la casa, layan la tierra, siegan la miés, manejan el remo y ofician de pastores ó boyerizos. De cuerpo tan refractario al cansancio, que despues de mover la hoz de sol á sol, son capaces de ponerse á bailar si la chirola suena ó la guitarra rasguea: de temperamento de ondina, hechas á lavar metidas hasta la cintura en las regatas que bajan de las calvas cumbres nevadas, y á recibir, descalzas y sin abrigo ni defensa las borrascas del invierno, no ya en las riberas del mar, más apacibles de suyo, sino en los altos valles, en los nivosos riscos del Araquil y del Burunda.¹

Si la gracia, como pretende Herbert Spencer, reside en la fuerza que no revela esfuerzo,² pocas mujeres habrá que la posean en más alto grado que las bascongadas, cuyo garbo en los más penosos ejercicios admiran los extraños al país. En su apostura nada que recuerde á la bestia de carga; ó sea la actitud maquinalmente doblada hácia el suelo, la rigidez de los movimientos, la lentitud de la marcha, la recta línea de los hombros, la altura de las espaldas: bajo ese punto de vista el contraste es completo con las torpes pasiegas y las espesas montañesas del Bearn. Tienen comunmente los ojos grandes, de mirada húmeda y dulce, el cabello luengo y sedoso, la voz pura, armoniosa, la tez satinada y blanca, pero el género de vida que hacen y

(1) El poeta Hiribarren en su poema *Euskaldunak* describió de la siguiente manera á la moza del campo del país basco-francés:

«Gutiago direnek bere etorkitan
Mantalinekin dire igande-bestetan:
Astelehen guzietz, balioan deusik
Zangarrak gorri eta zangoak orthusik
Achiriainak bortz aldiz odol dituztela;
Alaba hoberenak ikuskidin hola,
Edozein lanetako dituzte besoak,
Ondoren ondo segiz bere arbasoak.» (Pág. 180).

Y en cuanto á la robustez de la gente rústica, ¿quién no recuerda el pasaje clásico de Moguel, (*Peru Abarca*, pág. 59): «Begiratu baserri mutill, ta gizon gatziai, zein mardo ta mamitsubak daukeezan matralla alde ta zakuak. Ikusi egizuz andiki askoren alabak, loraz ta bichiz beteta. Ichurgatu, ta zurbillduta, gauza ez batzuk argal. erkin, aise apur batek oeraten ditubala, oñak zerbait ezkotu, edo bustiten bajakez, estulga ito biar dabeela. Barriz gure neskatilla, euri ta aterri, eguraldi on edo char, ortozik, edo abarka zulatubakaz dabiltzanak, ¿zein desbardinak besteetatik?»

(2) Véase *La Gracia* pág. 284y sigs. de los *Essais sur le progrès*, traducidos por Mr. Bourdeau.

la maternidad frecuente, las aja y deslustra pronto. Entre las mozas humildes del caserío y de la calle, particularmente en algunos distritos de Guipúzcoa, suelen encontrarse esos tipos de hermosura tan celebrados por los escritores y artistas. «Muchas sobre su talle y esbeltez ofrecen al ideal absoluto una cabeza típica, y en el perfil de su rostro la pureza de la línea griega y lo regular de sus particulares facciones, con una tez tan clara y tan fresca, que admira esto último en jóvenes á quienes debia atezar su cútis el aire de los campos, entre sus faenas agrícolas, por más que pueda ser su sol templado y benigno.»¹

El verdadero tipo moral de las bascongadas se realiza en la esposa, en la madre; de la mujer de Guipúzcoa decia el ilustre Marques de Valmar lo que puede extenderse á todas las de la raza. «Aun aquellas que no han sabido conservar intacta su pureza, pueden competir con las más intachables desde que entran en el santo yugo. Un ilustrado caballero guipuzcoano me decia:—Varias muchachas de mi país he conocido, que habiendo llegado de solteras casi hasta la prostitución, han sido despues ejemplares casadas.—Verdad es que en la tierra bascongada el adulterio se ha considerado siempre como un crimen nefando, y tan raro ha debido ser en ella, que ¡cosa singular! no tiene nombre en el idioma euskaro.»² La familia es su culto soberano; á ella se sacrifica, á ella se da íntegramente, de véras y para siempre.

Pero las más amables y dulces prendas del ánimo, la confianza de que abusa la intención perversa, la piedad, la ingenuidad de los afectos, no excluyen otras más varoniles; la constancia, la seriedad en la concepción de la vida, la irrevocabilidad de los propósitos, la tenacidad en su prosecución, la templanza del ánimo que no da lugar al miedo físico ni á la cobardía moral, templanza que cubre de estóicas amazonas los muros destrozados de Fuenterrabía y llena de santas vírgenes los hospitales de la Caridad.

Que aunque distintas en el sexoy nombres

*En el valor se igualan con los hombres.*³

Así lo dijo Tirso, y así lo repite la historia, admirada y enternecida.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará).

(1) Rodriguez Ferrer, *Los Vascongados*, pág. 90.

(2) *La mujer de Guipúzcoa*

(3) *La prudencia en la mujer*. acto 1.^o



EL GÉNI0 DE NABARRA.



Euskal-Erriaren alde.

(CONTINUACIÓN.)

«Sembrad unas cuantas semillas de la misma especie vegetal en suelos y bajo temperaturas diferentes; dejadlas germinar, crecer, fructificar, reproducirse indefinidamente en su terreno, al cual se adaptarán, y tendreis otras tantas variedades de la misma especie, tanto más distintas cuanto más marcados sean los contrastes de los diversos climas.»¹ En ninguna parte puede estudiarse la variabilidad de la simiente humana por el juego de las influencias naturales mejor que en Nabarra.

Acabamos de bosquejar el tipo del euskaro puro, tal como nos lo han conservado las montañas del Pirineo; uno á pesar de las diferencias políticas y nacionales que le tiñen con un barniz diferente, pero que no pasa de la piel, y sin que hayan conseguido borrar de su espíritu la concepcion primitiva de la nacionalidad, fundada en la familia dilatada en *clan*, en tribu, y transmitida por medio de la lengua: *Euskalduna* en Nabarra, en Guipúzcoa, en Bizcaya, en Alaba, en Labourd, en Soule, en Baja-Nabarra, en Francia, en España, por encima de las fronteras y por encima de la historia.

(1) Taine. *Philosophie de l'art*, tomo primero pág. 277.

Las variaciones históricas del euskaro son, relativamente, insignificantes. La fisonomía de ayer es la fisonomía de hoy, con las facciones dulcificadas por la civilización. Las variaciones naturales, en cambio, son inmensas; el montañés y el ribereño, ó «ribero,» como por aquí le llamamos, parecen dos razas, dos pueblos. En vano el *atavismo* trabaja; la *adptación* triunfa.

Bajo el punto de vista étnico, habría que descontar de la Ribera una parte de la población. En esas llanuras de fácil conquista, las diversas invasiones han ido dejando su herrumbre; celtas, romanas, godos, árabes y judíos no se fueron del todo; la inmigración de los pueblos románicos, favorecida por los monarcas, encontró mayores facilidades de echar raíces, merced á la feracidad del terreno y al conflicto de las lenguas, prontamente resuelto en pró de la cepa latina. Pero no hay que exagerar la cuantía de esta infiltración; la masa de la población riberana, como ya lo demostré, es euskara.

La presencia de latinos y godos comenzó la transformación de la cultura del suelo; los árabes la exageraron más todavía en sentido meridional. Los bosques fueron acorralados poco á poco, hasta quedar recludos en las eminencias más lejanas á los pueblos; la vid, los olivos, los cereales, las hortalizas, los frutales, fueron ocupando el sitio de las bravías carrascas, de los nudosos robles y de las fuertes encinas. Los hombres de la reconquista, cuando supieron explotar la rica tierra arrancada al enemigo, mantuvieron las culturas existentes, y al renacer de la paz y civilización, las ampliaron y extendieron. A la vez que el suelo, se fué trasformando el clima; disminuyó la lluvia, lució con más fuerza el sol, corrió más libre el cierzo, y comenzaron los abrasadores días de verano, y los limpios cielos de invierno, acompañados de relentes, escarchas y cientos fríos; en una palabra, el clima húmedo se convirtió en clima seco, con todas las consecuencias que esta sustitución trae consigo.

Hoy la revolución es completa; los montes y colinas que encierran ú ondulan aquellas llanuras, cuando más, tienen matorrales; lo general es que hayan perdido su tierra vegetal y que levanten tétricos sus masas calizas ó graníticas, surcadas por serpenteantes grietas. Trozos de bien cultivado terreno, alternan con dilatados yermos; las huertas, verdadero tesoro de frutos y hortalizas exquisitas, son vestíbulo de siniestras estepas. Ya no hay un árbol que ennoblezca y refresque el paisaje despoblado; una aridez semítica proclama la vecindad de Aragón y Castilla.

Un clima duro, excesivo, como resulta el de la Ribera, gasta pronto el organismo, que necesita alimento fuerte que lo repare y sostenga. La leche, el maíz, las castañas del Pirineo no darían bastante combustible al cuerpo. La tierra es fértil, y brinda con el que es más apropiado. A falta de carne, que no siempre ni en todas partes es alimento extraordinario, sobre todo desde hace algunos años, proporciona pan, legumbres, frutas y vino en abundancia. Los pimientos y guindillas, picantes y ácidos en demasía, son el condimento y excitante diario; el vino sin tasa, espeso y dulce, que mancha el vaso, viene á templar momentáneamente los ardores de la alimentación. Los hombres del campo beben tanto en sus rudas faenas que la ración ordinaria, durante la siega, por ejemplo, que cada uno de ellos consume es de cuatro ó cinco pintas diarias. Los días de fiesta, el dinero y el tiempo se van, como dicen gráficamente, *echando medios*, que para la noche constituyen una cantidad difícil de precisar pero de todos modos grande. Por lo tanto, la resistencia de los ribereños al vino es pasmosa; rara vez se ve uno borracho; pero por sus venas no corre sangre, sino fuego.

Añádanse á esto las influencias morales. La falta de previsión, originada por el estado proletario, hijo de la propiedad de la tierra puesta en pocas manos, y de la desaparición de las especies arbóreas que impide la cría del ganado de cerda y vacuno con que los *bordaris* montañeses levantan las cargas de su escasa hacienda; la importación de costumbres más brutales y soeces, favorecida por la comunidad de lenguaje y la carencia de obstáculos naturales, que establece una corriente continua de infiltración aragonesa y castellana; la dispersión del hogar mediante la complicidad del clima, y la mayor aglomeración en pueblos de crecido vecindario, donde es fácil el sostenimiento de tabernas y cafés, centros altamente embrutecedores, como lo son todos los centros de hombres solos; los rastros del estado feudal, (más pujante en estas llanuras, á consecuencia de la reconquista), que establecen una profunda división de clases, el orgullo arriba y el resentimiento abajo.

No debemos, por lo tanto, extrañar la forma que el tipo euskaro, trasplantado á esta región, nos ofrece. Los hombres son fornidos, robustos, de musculatura hercúlea y de carácter duro, aunque en el fondo bondadosos: se comen, y sobre todo se beben, cuanto ganan

con su jornal.¹ Son de una resistencia increíble para las labores; bajo un sol africano, cuando las faenas de la recolección apuran, trabajan quince y diez y seis horas diarias. De génio alegre é inquieto, vehementes, agudos de espíritu, burlones, inventores cáusticos de apodos y motes, violentos, arrebatados, torpes en sus gestos y palabras, exagerados como verdaderos meridionales que son, de mucho amor propio, generosos y espléndidos en convidar y agasajar, francos, rebeldes al castigo, asequibles á la voz de la religión, testarudos, bravos como leones, pendencieros, vengativos que acechan la ocasion y la aprovechan, arrojando, para ello, léjos de sí, sus ingénitos instintos de nobleza: tales se nos presentan ante los ojos, amalgamando inauditas cualidades con enormes defectos, pero susceptibles, en suma, cuando se sabe sobreexcitar aquellas de rayar en el heroísmo de lo grande y de lo bueno.

Los contrastes que la observación ménos atenta descubre entre ellos y los montañeses, llenarian páginas enteras. Todos son hijos directos de las influencias modificativas señaladas. Miradlos trabajar la tierra. El montañés camina flemático delante de los bueyes que aran, ajustando su paso al paso lento del ganado, al que de vez en cuando hostiga *pro formula*, con la pértiga. Hay en ese aldeano una perfecta *adaptación* al medio que le rodea. Su actitud grave, su andar tardo, su gesto conciso, su silencio, se funden armoniosamente con los tintes cenicientos del cielo, con el verdor sombrío de las montañas, con el chasquido de las hojas secas y de las ramas muertas, con la plañidera queja de los arroyos. Allá, más abajo, en las llanuras regadas por los rios ya caudales, en el aire trasparente y tibio, se destaca la vigorosa silueta del *peon del campo* que canta, grita, jura, mueve brazos y piernas, corre, se detiene, se atrasa, se baja, se levanta, y con ojos, lengua, piés y látigo, anima, inquieta, sacude, arrea y aporrea á las mulas vivarachas que tiran del arado relinchando é irguiendo la cabeza. Ni el ribereño amoldaria su carácter á la cachazuda labor del buey, ni se sujetaría, ensu vida, á cuidarlo, ni el buey resistiria la impaciente tosquedad del ribereño.

Llega la época de la quinta, y el ribereño acude, cuando no contento, sereno por lo ménos. El cuidado que más le preocupa durante esa época nefasta, no es el de caer soldado, sino el de merecer la ca-

(1) Villoslada. *La mujer de Nabarra*.

lificación de *inútil*. Todos los instintos belicosos que el ribereño lleva almacenados en su corazón, protestan contra ese denigrante calificativo. Merecerlo, es para él una especie de *cápitis diminucion máxima*, de la cualidad de hombres. Hé aquí un hecho que pinta á maravilla la condición guerrera de estos euskaros transformados. Hace tres ó cuatro años estaban los médicos reconociendo á un moceton de la Ribera, al cual declararon apto para el servicio militar. Entónces el quinto les hizo observar que no podia pasarse por lo resuelto, porque á consecuencia de un accidente, tenia el pulgar de la mano derecha contraído y sin movimiento. Los médicos le tomaron la mano que les tendia y vieron, efectivamente, que el pulgar estaba doblado y pegado á la palma de la mano. Despues de un rápido exámen recelaron una trampa, al observar que los pliegues de la flexión del dedo estaban igualmente limpios que el resto de la piel, lo cual no podia ser, sobre todo en un hombre de la clase social del reconocido, á ser verdadera la pronación del pulgar. Mas cuantos esfuerzos practicaron para separárselo, resultaron inútiles. Tras un buen rato de forcejeo y probatinas, el quinto, soltando una carcajada, exclamó:—Otra, os lo hais creído?—y dando brincos salió del salon, moviendo el pulgar en son de burla.¹ Por el contrario, los montañeses se muestran tristes, apesadumbrados, suspirosos, y recurren á mil inocentes supercherías cuando pueden y se atreven para libertarse de un servicio que, justamente, detestan, nó por cobardía, sino por carencia de fiereza y por amor á la independendencia personal.

En la montaña, «el invierno es largo, y eternas son en él las noches».² Cae sin cesar una lluvia menuda y fria. El cielo, lóbrego, oculta, tras espesos nubarrones, la luna y las estrellas. Los pueblos estendidos en profundos valles, ó encaramados por las laderas de ásperas montañas, se convierten en barrizales y charcas de agua cenagosa. Imposible transitar por las enlodadas calles, á no ser de ir pegado d la pared y recibiendo el agua que á cántaros despiden las medio desechas cañerías ó las salientes tejas. Esta circunstancia, baladí en la apariencia, es de grandes resultados. No cabe la vida fuera del hogar. Es preciso agruparse en torno de los gruesos troncos que arden só el

(1) Histórico.— Tengo que renunciar á otras anécdotas más típicas, que la

(2) Villoslada. *La mujer de Navarra*.

embudo de la chimenea y evitar, de esta suerte, la borrasca ó la nieve de fuera. Al amor de la lumbre se reúnen amos y criados, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, templándose, con el respeto á la posición social, á la ancianidad y al sexo, los instintos groseros, inherentes á toda gente rústica.¹ El clima ayuda la *integración* de todos los elementos familiares y sociales. Bajad, ahora, á la Ribera. Todo conspira aquí á su dispersión. El proletariado, que hacina personas y más personas en locales reducidos; la penuria del ajuar doméstico; la división marcadísimas de clases, que pone á unos pocos propietarios encima de muchos jornaleros; el ardor del verano que arroja fuera de sus casas á los habitantes en busca de algo de *fresca*; la limpidez de las noches en todo tiempo, que facilita las rondas, los amoríos y las serenatas. Los mozos, de temperamento aventurero, cogen la manta, se embozan en ella, se echan á la faja un arma, y salen á la calle á *relinchar* por las esquinas en espectación de aventuras y sucesos inesperados, dibujando ya, con varoniles y bruscos rasgos, la figura del eterno D. Quijote español.

«Estas costumbres en mozos de condición ardiente y belicosa, para quienes la mayor injuria es la nota de *falsos*, ó sea, de cobardes, dá lugar á riñas, de las que frecuentemente resultan heridas y muertes. Si alguna cosa puede darnos hoy idea de las escenas, ya casi inverosímiles, de nuestro antiguo teatro, es la manera de ser de los mozos de manta de la ribera de Navarra. Con la misma facilidad con que aquellos caballeros desnudaban la espada sacan estos á relucir la navaja, que puede competir con el hidalgo acero, en dimensiones. Las mozas de cántaro que se asoman á las ventanas, ó entreabren á hurtadillas la puerta de la calle, hacen el papel de las tapadas, y las relaciones, silogismos y discreteos calderonianos, sin variar de metro, se han convertido en cantares.²

La individualidad más marcada de cualquiera de los mozos, impera sobre otros de más rebajado relieve, y se constituyen *cuadrillas* y bandos que por el más fútil pretexto vienen á las manos. Un vaso de vino ofrecido y no aceptado, una palabra vira en las diversiones, una

(1) Véase el bellissimo cuadro que de la cocina montañesa ha trazado el insigne novelista nabarro Villoslada en su *Mujer de Navarra*, y la descripción de la del palacio de los señores de Goñi en Amaya, modelo de naturalismo sano y estético.

(2) Villoslada. *La mujer de Navarra*.

falda de por medio, son ocasión de que salgan al aire los aceros, ó las pistolas que el progreso ha traído consigo. La cultura euskara toleraba el *makilla*, rara vez homicida. La cultura ultra-ibérica ha puesto en manos de nuestros ribereños la cobarde, la villana navaja, el arma favorita de los chulos y manolos, tipo soez é innoble que, como una gangrena, se vá enseñoreando del pueblo español.

Dadas estas circunstancias que, todas ellas tienden á favorecer el desarrollo de los instintos ménos suaves y cultos, no habria temeridad en presumir que la criminalidad es bastante frecuente. Y así lo es, en efecto, sobre todo en algunas regiones, cuya estadística criminal es sonrojo de Navarra. Esa criminalidad es hija de la barbarie de costumbres, las más de las veces; de la perversidad, pocas. Las pasiones y los hábitos dominantes en las clases bajas de la sociedad se revelan, lógicamente, en ataques contra las personas. Los homicidios son numerosos; los asesinatos por venganza, más de lo que pudieran darlo á entender las tendencias de una gente tan Profundamente prendada del valor temerario. Los ataques á la propiedad figuran en menor proporción; muchos de ellos se deben al espíritu vengativo; los delitos por codicia apénas se conocen. Si estos tienen lugar, revisten fácilmente las proporciones épicas que tanto cuadran al carácter ribereño. No es el ratero, ni el ladronzuelo domestico el que surge, sino el saltador de caminos, el *outlow* desalmado de las Bardenas.

En la poco densa criminalidad del país basco de Navarra, predominan los pequeños ataques á la propiedad y los delitos contra la Hacienda del Estado, es decir, el contrabando, y la cultura de cierta planta que no sé hasta qué punto merece el nombre de *tabaco*. Los delitos contra las personas son muy raros y de poca monta, ordinariamente. En las regiones que conservan el tipo euskaro en completo aislamiento de cualquiera otro, existen muchísimos pueblos donde los hombres más viejos no recuerdan que jamás se haya cometido un homicidio. La navaja es objeto de la execración pública. En las regiones de tipo euskaro, pero en contacto con tipos que ya no lo son, algo se va relajando esa admirable dulzura de costumbres. Se nota cierto impulso á imitar los hábitos belicosos y violentos de los vecinos. Con todo, los ataques á las personas continúan siendo escepcionales en el país que habla bascuence y se halla en contacto con el que no lo habla, y aun los mismos ataques á la propiedad resultan insig-

nificantes en número, si se comparan con la densidad de la población.¹

Si continuásemos confrontando el tipo ribereño con el montañés, veríamos que las diferencias se proyectan hasta en los más pequeños detalles de la vida. No he de prolongar esta comparación, pero tampoco quiero dejar de notar un rasgo característico, porque revela el alma de ambos.

El ribereño canta y baila la *jota*, música viva, animada, henchida de pasión, de jovialidad loca, de marcial donaire; conjunto de notas brillantes que se precipitan en cascada, y se extienden en millas ondas, dotadas de fuerza impulsora como las aguas crecidas de un río. La guitarra murmura sordamente; sobre el fondo oscuro de estos sonidos graves vibra una nota argentina. Acelérase el movimiento luego, y la nota se rompe y estalla en otras muchas, leves, claras, rápidas, límpidas, que suben, bajan y se cruzan, como en pugna de cuál correrá más, y que aunque se vean de cuando en cuando sumergidas por la reproducción de aquellos primeros rasgueados, se sobreponen al balbuceo de la melancolía y salpican alegres el aire, como las chispas de un tizón sacudido en el fondo de un hogar som-

(1) Siento mucho no poder ofrecer á los lectores datos oficiales de la criminalidad en Nabarra bajo el punto de vista del texto. Pero el Estado español que se entretiene en sándias averiguaciones de si saben ó no leer y escribir los criminales, *dato que nada, absolutamente nada revela*, porque donde la mayoría da los habitantes posee instrucción, la mayoría de los criminales la poseen también y vice-versa (aparte que las cuatro reglas, las nociones de geografía e historia, la cartilla y lospalotes no influyen sobre la conducta moral del individuo), deja en la sombra los datos verdaderamente significativos. Los hechos, naturalmente incompletos, que he ido reuniendo en el ejercicio de mi profesión y en mis averiguaciones privadas me proporcionan los siguientes datos. El *ochenta por ciento* de criminales lo proporciona en Nabarra el país que no habla bascuence: los delitos más frecuentes, por su orden, son: lesiones, hurto, desacato y desobediencia á la autoridad, disparos de armas de fuego y daños en la propiedad particular y pública. De los homicidios, el *noventa y cinco por ciento* corresponde al mismo país. Lo dicho se muestra conforme con otros hechos que se refieren al país bascongado. El año de 1868 la provincia de Guipúzcoa, euskara toda ella de lengua, era la provincia de menos criminalidad absoluta y relativa de España, correspondiéndole 0-06 de delito por cada cien habitantes. No obstante la influencia desmoralizadora de la guerra civil, todavía sigue Guipúzcoa siendo el territorio *peninsular* que menos contingente da, según datos oficiales del Ministerio de la Gobernación, á la población penal de España, siendo de 50 á 60 el número que por lo menos la separa de la provincia que le siga en criminalidad. Hé aquí una verdadera *civilización* que

brío. ¡Música que tiene alma, sí, pero que no es el alma de Nabarra, sino el alma de Aragón que nos invade por las abiertas llanuras!

El euskaro canta y baila el *zortziko*. Las notas desarrollan su melodía á saltos desiguales y ligeros. Se escuchan las pisadas enérgicas de un pueblo que brinca por las montañas. Un redoble apagado de tambor recuerda el mugido del viento en las gargantas de los valles, y las hojas rumorosas del viento. El canto se impregna de ternura, de pasión comprimida, de tristeza. Parece que las nieblas han dejado sobre él una estela brumosa que serpentea por entre los anhelos del júbilo que asoma. El canto prosigue su ascensión; conserva el ritmo, pero apresura sus notas. Lo que era una sucesión de agujas cristalinas, es ya unacinta de oro. El riachuelo se torna torrente. La melodía sube sin detenerse, con las alas de un entusiasmo profundo, y al tocar las azules cumbres del éxtasis, lanza un grito de llamada, un grito de emancipación, un pleno ideal, como un escape de trinos de alondra en un rayar de aurora. Y luego, cuál avalancha despeñada, en un brusco movimiento elíptico, desciende á las vagas sonoridades del preludio.

jamás será superada por el desarrollo material de que está siendo objeto esa honradísima provincia. D. Alberto Lista el año 1838 escribía: «He vivido en Vizcaya más de año y medio, y en todo este tiempo no se cometió en todo el Señorío un sólo delito que mereciese pena aflictiva, lo que quizá no podrá contarse de ningún otro país de igual población, ni aun en la misma Suiza» Don Antonio Cavanilles en su libro *Lequeitio* en 1857 decía: «Cuando visité a Marquina, cabeza de partido judicial, de más de 16.000 almas, sólo había un preso en su cárcel.» Al imprimirse la memoria titulada «*Bosquejo de la organización social de Vizcaya*,» de la cual están tomados los dos datos precedentes, decía su autor, mi ilustre amigo Trueba, que en la cárcel de Guernica cuyo juzgado comprende cerca de 50.000 almas, sólo existía un preso, el cual no era bascongado, y solo había incoada una causa sobre atribuciones de autoridad. Esta situación de Bizcaya se ha alterado sensiblemente; es de las provincias de ménos criminalidad de España, pero está muy por encima de Guipúzcoa., Hay que tener en cuenta que una cuarta parte del Señorío no es bascongada de lengua: en esta parte está enclavada la zona minera, que es un filon de oro bajo el punto de vista de la materia, pero una úlcera purulenta á la vez, bajo el punto de vista del alma. A ella debe atribuirse el progreso de la criminalidad en Bizcaya, en la cual existen, lo digo con sin igual contento, muchas comarcas que son modelo de honradez y de dulzura de costumbres, donde el delito se conoce sólo de nombre. Convendría que personas competentes de las siete provincias euskaras, estudiasen la criminalidad en sus relaciones con la lengua bascongada; los datos que este estudio daría de sí, constituirían la mejor *apología* de ella.

Junto al *zortziko* y como subrayándolo, encontramos la canción: lamento, ensueño, rumor de ola, claridad de luna, verdor de montaña, espiral de incienso. Algo que es profundo, lento, monótono, religioso, vago, inconsolable, inconsolado: voz de lágrimas, flor de los pirámicos, sonrisa de invierno.¹

Esa canción no puede brotar de los labios de la muchacha ribereña que vuelve de la fuente; protestaría el sol. Existencias y canciones marchan de acuerdo. Quien tiene todos los afectos en la superficie, no puede cantar *hondo*. La mujer de la ribera, como su hombre, vive más fuera del hogar que dentro. No es de ella, ciertamente, la culpa, sino de las circunstancias sociales que únicamente la permiten poseer un remedo de hogar. Trabaja, pero en las labores meramente domésticas; no labra la tierra como su hermana del Pirineo, á no ser excepcional y pasajera. El valor de esta es «ménos gárrulo, su alegría ménos bulliciosa y su figura más femenil que la de aquella».² En el carácter de la ribereña se encuentra un desabrimiento, una osadía y altivez que la hacen «capaz de encajar una fresca al lucero del alba».³ El instinto del respeto lo tiene como obliterado. Casarse no es para ella ascender á *ama de casa*, aunque sea de una ahumada y humildísima *borda*. Esposa de un proletario, disfrutará de las migajas de un precario jornal, del que toma el marido la *parte del león*. Infeliz, digna de mejor suerte en suma! «Aunque se casa jöven, fresca como una lechuga y limpia como la plata, al año de matrimonio ya parece sucia, vieja y estropeada».⁴ Lo que no puede encontrar en su miserable domicilio, lo busca fuera, en las caricias del sol, en la esplendidez del cielo, en los besos del aire balsámico que llega, saturado, de los huertos Gusta de las tertulias callejeras, de la charla sempiterna con las comadres, sentada en la puerta de las casas, rodeada de sus pequeñuelos desarrapados. Así como la montañesa se regala con vino, busca la ribereña *el vicio* de su paladar en el chocolate, en los helados, en las frutas y confites. Esos conventículos de mujeres, sueltas de lengua, agudas de ingenio, amigas de la frase cruda y

(1) Véanse las canciones: *Inchauspeko alaba, Mariya nora zoaz, Uso churiya, Adios ene maitea, Mari Domingi, Nere konsolagarriya, Aitarik ez tut* etc.

(2) Villoslada. *La mujer de Navarra*.

(3) Id. id.

(4) Id. id.

del vocablo expresivo, con sus faces tostadas y enjutas, sus ojos brillantes, sus ásperas y canas guedejas tirantes y aplastadas, recogidas en *rosca* encima de la nuca, recuerdan el aduar árabe y el campamento de bohemios.

Bajo tan ruda corteza circula sávia fina. Esa escoria recubre oro. Energía, perseverancia, abnegación, amor á los suyos, cierta rectitud de espíritu, franqueza valiente, horror de la doblez y de la hipocresía, temple diamantino de ánimo. Táles mujeres, táles hombres. Villoslada las retrata de cuerpo entero con un rasgo copiado del natural. «Contemplemos á la madre que vé venir á su hijuelo llorando, descalabrado y con las manos en la cabeza:

—¿Qué tienes?—le grita.

—Que me ha pegado fulanico.

—¡Falso! ¿y por qué te has dejado pegar? ¿Y por qué no le matas?

Y la madre le castiga, para que otra vez no se deje descalabrar impunemente por nadie».¹

El tipo euskaro pierde terreno. La marea sube; el agua fétida de la asimilación empuja su limo hasta las raíces de las altas montañas.

Todo conspira contra él; la facilidad de comunicaciones; la proscripción oficial de la lengua; el utilitarismo; la emigración á América que, salvo excepciones loabilísimas, nos quita bascos y nos devuelve *indianos*; ese necio impulso de hombres y monos que se llama imitación, el abominable ejemplo de las clases elevadas que sacrifican á la moda y á lo que denominan *buen tono*, los hábitos sencillos y el idioma admirable de sus abuelos.... ¡Desdichados! Creen distinguirse y se confunden con una turba vulgar, sin originalidad, ni nombre, ni forma, polvo liviano de unas ruinas sublimes, que por ser polvo, el porvenir, si algo vale, ha de pisar y olvidar. Ayudan, sin comprenderlo, á la obra de descomposición á que asisto con náuseas en el estómago y lágrimas de sangre en los ojos. Si en vez de ser elevadas por su posición y fortuna, esas clases lo fueran por el corazón y la cabeza, verían que la decadencia del tipo euskaro en Navarra, representa un enorme descenso en el nivel de la moralidad social, familiar é individual de nuestras clases populares.

ARTURO CAMPION.

(Se continuará.)

(1) *La mujer de Navarra*